

EL POLICÍA DESCONOCIDO

Marco Miyashiro, la disciplina
de un líder en la sombra



ANTONIO TELLO

Editorial
Justo

Antonio Tello

El Policía Desconocido

Marco Miyashiro, la disciplina de un líder en la sombra

Editorial Justo

El policía desconocido
Marco Miyashiro, la disciplina de un líder en la sombra

2008, Antonio Tello

Editor: Daniel Titinger
Diseño de cubierta: Jonathan Hunter
Diagramación: Claudia Tello
Corrección de estilo: Juan Luis Nugent
Prólogo: Carlos Paredes

2008, Editorial Justo

1 edición: diciembre 2008

Impreso en Perú

Este documento fue elaborado como trabajo final para la aprobación del curso Periodismo Literario II, del Programa Académico de Periodismo de la Facultad de Comunicaciones de la UPC. El contenido es responsabilidad del autor y la Universidad no comparte necesariamente lo indicado en dicho trabajo.

*Para Dora, Pilar y Claudia, las mujeres de mi vida. Y
Ricardo, mi padre.*

Fama esquivada

Desarticulado Sendero Luminoso en 1992 y encarcelado su líder máximo: Abimael Guzmán, los peruanos empezamos una vida pacificada. Como comunicador, periodista y, sobre todo, peruano, me vi en la obligación de dar a conocer la historia de Marco Miyashiro. Un policía que, junto a Benedicto Jiménez, comandó el Grupo Especial de Inteligencia. Ambos fueron los verdaderos artífices que pusieron a Guzmán tras las rejas.

Mi dedicación y pasión por conocer las causas del terrorismo y sus protagonistas me llevaron a investigar a lo largo de seis meses los motivos que obligaron al surgimiento de Sendero Luminoso y a los valerosos policías que desarticulaban a este grupo terrorista.

Pero mi anhelo de investigar sobre este tema se remonta a mis inicios en la carrera de Comunicación y Periodismo, cuando empecé a estudiar y profundizar sobre temas relacionados a política internacional y terrorismo. A partir de este interés, realicé mi tesis sobre la política de Estados Unidos y sus

estrategias militares y económicas en Medio Oriente y, posteriormente, me embarqué en una minuciosa investigación para conocer la historia del verdadero responsable de la captura de Abimael Guzmán: Marco Miyashiro Arashiro.

Poco se sabe sobre la vida de Marco Miyashiro. Ello se debe a su personalidad reservada: él siempre ha preferido estar al margen de la vida pública; y esta vez no fue la excepción. Recuerdo la primera vez que conversé con Marco Miyashiro y le comenté que tenía pensado escribir un libro sobre su vida personal y profesional. En un primer momento, un dubitativo Miyashiro analizó la propuesta. A los pocos días recibí un correo que me daba carta blanca para empezar con mi investigación.

El perfil de Marco Miyashiro lo dividí en tres momentos clave de su vida. El primero hace referencia a su adolescencia marcada por una disciplina que le inculcó su padre Enrique y la que reflejó en los tres años de su estadía en el Colegio Militar Leoncio Prado. El segundo muestra claramente su carrera y ascensos como efectivo de la Policía Nacional del Perú y la relación con su familia. El tercero se enfoca en cómo dirigió y planificó la captura de Abimael Guzmán Reinoso. Los tres momentos se caracterizan por dar a conocer a un policía y padre

de familia que ha hecho del orden y la disciplina un estilo de vida.

A lo largo de los tres capítulos de esta investigación, y desde el primer momento que el lector tome contacto con la primera escena del libro, se encontrará con la idea central que engloba la historia del descendiente de abuelos japoneses, que a sus cincuenta y cinco años de edad, mantiene una disciplina y obediencia que sus padres le inculcaron desde muy chico y que se refleja en su mirada seria y penetrante que desde hace tres décadas, tanto sus amigos de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado y sus compañeros de la Escuela de Oficiales de la PNP recuerdan como un rasgo característico que refleja la personalidad rígida de Marco Miyashiro.

El Policía Desconocido. Marco Miyashiro, la disciplina de un líder en la sombra, se divide en cinco sub capítulos y tres capítulos. La narración cronológica de los hechos y un estilo narrativo donde predominan las escenas, hacen de la investigación, un texto que cautivará al lector desde la primera escena. Sin embargo, pocas son las personas que no están de acuerdo con la labor de Miyashiro como miembro de la PNP. Para algunos, Miyashiro no es un hombre ejemplar, es una persona que ha cometido errores que han perjudicado la imagen

de la PNP. Opiniones de las periodistas Cecilia Valenzuela y César Hildebrandt Chávez dan cuenta de ello. Sin embargo, una de las falencias de esta investigación es no contar con la voz de la periodista Cecilia Valenzuela, quien nunca devolvió las llamadas ni respondió a los innumerables correos electrónicos que le fueron enviados para que vertiera su opinión sobre la labor de Marco Miyashiro en la Policía Nacional del Perú.

Pero este libro no hubiera podido ser editado sin la ayuda y colaboración de los entrevistados. Personas que con sus opiniones han permitido plasmar en cada página datos e ideas sobre la vida y personalidad del descendiente japonés. Amigos de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado, compañeros de la Escuela de Oficiales de la Policía Nacional del Perú, policías que estuvieron bajo el mando de Miyashiro cuando trabajaban en el Grupo Especial de Inteligencia, y su esposa e hijos han sido fuentes de primera mano que han contado lo más resaltante de Marco Miyashiro en su faceta como profesional, como amigo y como padre. Sin la opinión de ellos, este libro no hubiera podido realizarse.

“La verdad aunque duela”. Una frase que Marco Miyashiro siempre tuvo presente en su vida profesional y familiar. Un hombre que día a día se rige bajo la verdad y el

respeto. Valores que hoy en día han sido olvidados por muchos. Al narrar la historia del policía Miyashiro, jefe del GEIN, grupo responsable de la captura del líder de Sendero Luminoso, se muestra la verdadera historia del hombre que junto a Benedicto Jiménez, desarticularon a uno de los movimiento subversivos más despiadados que puso en jaque toda una nación.

Esta es una investigación dedicada y dirigida a aquellas personas que siempre supieron quienes fueron los verdaderos autores de la captura del líder de Sendero Luminoso. Un libro que gustará a aquellos policías y personas que trabajaron a lo largo de dos años para poner fin a más de una década de terror.

PRÓLOGO

Recuerdo que Marco Miyashiro me dijo en su oficina cuando trabajaba como Director General de la Policía Nacional del Perú que no podía declarar a la prensa todo lo que sabía y pensaba mientras fuera un oficial en actividad. En ese momento personificaba a una institución a la que había dedicado gran parte de su vida. Acababa de ser víctima de una campaña mediática inmisericorde. Se le acusaba de todo sin ofrecer una sola prueba. Su paciencia oriental y su no siempre bien ponderado sentido de institucionalidad lo hacían resistir con estoicismo los ataques personales. Hasta que la campaña sistemática de un programa de televisión logró su objetivo: jubilarlo prematuramente.

Han pasado tres años desde aquella frustrada entrevista y descubro que Antonio Tello ha logrado penetrar en el impenetrable Marco Miyashiro.

Su historia puede sintetizar la otra cara de nuestra Policía y, por añadidura, también la *desfujimorización* de la colonia nikei en el Perú. Su formación en el seno de la primera

generación de japoneses peruanos que tuvieron la oportunidad de ser más que comerciantes, jardineros o sastres, lo llevó primero a un Colegio Militar y después a la Policía de Investigaciones. Lo suyo era luchar contra los malos. El reto era no contaminarse en el intento.

Creo que lo logró. Recorrer la vida profesional de Marco Miyashiro es descubrir cómo un oficial de la Policía, que quiera dejar una herencia intangible a sus hijos, tiene que sobrevivir con los problemas endémicos que ya sabemos sufre nuestra Policía.

Es revalorar aquella filosofía oriental del orden, la disciplina, el honor y la paciencia. Lo que, en su caso, son valores que compartió con sus colegas del GEIN, el grupo de 83 policías que logró la captura de Abimael Guzmán y toda su cúpula terrorista sin disparar un solo tiro. Le ganaron al terrorismo fratricida de Sendero Luminoso sin caer en terrorismo de Estado. La llamada “Captura del Siglo” es un hecho histórico que los peruanos todavía no hemos evaluado en su verdadera dimensión. No sólo fue una impecable operación policial, ni el golpe mortal para Sendero Luminoso. La administración mafiosa de ese triunfo parió héroes de barro que se cobijaron bajo ese impecable manto para esconder su pasado impresentable. Creó

periodistas apasionadas e infinitamente agradecidas por la única primicia que tuvieron en su vida al grado de construir una nueva categoría de corruptos: los corruptos buenos. La imagen de Miyashiro fue víctima de una operación de lavandería comandada por el mismísimo Ketín Vidal, aquel hombre de absoluta confianza de Montesinos que resultó su espía perfecto. Después, Miyashiro recibió la furia de Cecilia Valenzuela, la periodista a la que no le ha alcanzado la carrera para pagar aquella primicia que astutamente le entregó Ketín Vidal para convertirse en héroe. Esas imágenes que mostraron a un irascible Abimael Guzmán recién capturado frente a un imperturbable Vidal que ofrecía respetar sus Derechos Humanos, le costó a Miyashiro su ascenso y perder injustamente la recompensa que el Estado entregó a todos los hombres y mujeres del GEIN.

Todo eso soportó con paciencia oriental. Creo que esta biografía no autorizada de Marco Miyashiro Arashiro es una página de la historia reciente de la Policía peruana que faltaba. Su experiencia puede ser un espejo en el que se pueden mirar aquellos jóvenes que aspiran a dignificar la profesión de Policía. Aquellos que quieren ser policías y no manchar el apellido de sus familias. Están tan cerca del delito que siempre parecen

vulnerables al contagio. Pero hay excepciones. Miyashiro lo confirma.

Carlos Paredes

México DF, 5 de diciembre del 2008.

LA VIDA DEL CADETE MARCO MIYASHIRO

**SUS INICIOS EN LA VIDA CASTRENSE:
COLEGIO MILITAR LEONCIO PRADO**

A finales de los años sesenta, la vida en el Colegio Militar Leoncio Prado empezaba a las seis de la mañana de un trompetazo. A esa hora, la diana despertaba a todos. El aseo personal, la toma de lista, desfilarse al comedor, formar para dar los respectivos honores al pabellón de año y luego marchar a las aulas era un proceso rutinario que demandaba no menos de dos horas. Los cadetes recibían clases hasta el mediodía. Luego formaban y desfilaban frente al comedor, un inmenso lugar conformado por muchas mesas acondicionadas para diez personas y donde las menestras y la sopa eran los alimentos infaltables de cada día. Pero eran los días jueves los más esperados por los comensales locales: ese día, la carne de cerdo, que provenía de los criaderos que tenía el Colegio Militar, se convertía en la estrella del menú principal. Tras almorzar durante cerca de cuarenta minutos, los cadetes formaban nuevamente y marchaban hacia las cuadras para descansar media hora. Después regresaban a clases hasta las cuatro de la tarde. El día concluía con distintos talleres extraacadémicos en los que los jóvenes ponían en práctica sus habilidades.

Uno de esos talleres era el de Judo, un arte marcial originario de Japón. En ese taller estaba inscrito Marco Miyashiro, un descendiente de abuelos japoneses que a sus 55

años de edad, mantiene esa inquebrantable disciplina y obediencia que le fueron inculcadas en casa. Dichos rasgos, tan prominentes, se reflejan en esa mirada seria y penetrante, la misma que sus compañeros de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado recuerdan desde el primer día de clases, hace ya treinta y cuatro años. “A Marco Miyashiro siempre lo ha caracterizado su carácter bien disciplinado y su personalidad seria y parca que se reflejaba en su conducta de pocas palabras. Marco no ha cambiado, sigue siendo ese hombre serio, estricto y muy apegado al valor de la verdad y las artes marciales”, recuerda Miguel Aranda, amigo de este desde las épocas del Leoncio Prado y oficial del Ejército Peruano que pasó a retiro luego de veinte años de servicio.

Miyashiro empezó a practicar el Judo a los nueve años. La pasión por esta disciplina surgió cuando vivía en el barrio de Chucuito, en la Provincia Constitucional del Callao, junto a su tío Alberto, hermano de su padre, que trabajaba como instructor de artes marciales. Este le dio a su pequeño sobrino la oportunidad de ser su ayudante y pupilo. El joven Marco aceptó la oferta y, a partir de ese momento, empezó a practicar el Judo de forma constante hasta lograr ser cinturón negro.

Ya para cuando cursaba el cuarto año en la Escuela, al cadete Miyashiro le tomó doce meses de entrenamiento constante durante tres horas al día para tomarle la posta al, hasta entonces, instructor Taramona y convertirse en el asistente del instructor. Desde aquel día era ascendente el número de cadetes que copaba la sala de espera de la enfermería del Colegio Militar. Se contaban por montones, pues, los brazos dislocados y piernas torcidas que llevaban las huellas digitales del asistente Miyashiro.

Ricardo Tello, compañero del cadete Miyashiro en el Colegio Militar, recuerda que Marco Miyashiro y el sub oficial Taramona enseñaban a los cadetes las artes marciales, y el cadete Miyashiro a veces rompía los brazos o las piernas de un cadete tratándole de enseñar las técnicas del deporte oriental.

Para los compañeros de Marco Miyashiro, no hay duda de que su carácter ha sido influenciado por las artes marciales. El judo, al ser una disciplina que convierte a una persona en un arma mortal, requiere de mucho autocontrol. Solo se recurre a él en caso de defensa propia. Pareciera que la tranquilidad y rectitud que muestra Marco Miyashiro proviene de esa disciplina que lo ha ayudado a conseguir sus metas profesionales a largo de su carrera policial. “Las artes marciales han influenciado en la

vida de Marco Miyashiro porque, atrás del judo, hay toda una filosofía que lo ha hecho una persona muy calmada y serena que ha hecho del respeto y la disciplina elementos fundamentales que rigen su personalidad”, comenta con voz serena y sigilosa, Víctor Vizcardo, compañero de Marco Miyashiro en el Colegio Militar.

Pero la faceta de Marco Miyashiro como líder militar y apegado a las reglas se vio reflejada cuando fue nombrado por el Comando del Colegio Militar para que sea Monitor. En quinto año se dictó un curso para los cadetes más sobresalientes para que cumplieran un papel como jefes de grupo del tercer año, impartiendo tácticas militares. La actitud militar, la aptitud académica y la buena conducta, eran los factores a tomar en cuenta por el Comando del Colegio Militar cuando escogía a un cadete para que cumpliera el papel de Monitor. La personalidad del cadete Miyashiro respondía a ese perfil. “Miyashiro siempre ha sido una persona muy recta y seria desde que estuvo en el Colegio Militar. Un hombre de pocas palabras y mucha acción. Como Monitor era una persona muy estricta que se hacía respetar por las promociones menores, quienes lo querían mucho por ese gran sentido de disciplina y obediencia”, dice Edgar Mestanza Ramírez, ex alumno del Colegio Militar e Ingeniero Civil de profesión que brinda servicios de consultoría al Ministerio de

Relaciones Exteriores para el proyecto Fondo Binacional de Perú y Ecuador.

Al leonciopradino Miyashiro se le asignó monitorear la quinta sección del tercer año. Al cabo de un mes, los mandos del Colegio Militar ordenaron que se realizara una nueva selección de Monitores. A los Monitores que tuviesen el carácter más fuerte y se hicieran respetar, se les asignaban las secciones más complicadas. De las once secciones, al cadete Miyashiro se le ordenó monitorear la primera sección, donde se encontraban los cadetes más revoltosos y con problemas de conducta.

Para Alfonso Castro Gómez de la Torre, integrante de la XXV promoción del Colegio Militar, Miyashiro era un Monitor que se distinguía por su exigencia y apego a las normas. “Era uno de los Monitores más exigentes y probos que se caracterizó por hacerse respetar por todos los cadetes del Colegio Militar. Ese carácter también lo ayudó a que su sección fuese la mejor porque Marco Miyashiro, aparte de venir de una familia muy disciplinada, tenía un gran espíritu de liderazgo que le permitió a su sección ser la más sobresaliente de la XXV promoción del Colegio Militar”, explica Alfonso Castro, un hombre que en sus tiempos libres se dedica a la práctica de distintos deportes.

A las diez de la noche, hora en que se daba por concluido el día en el colegio, los cadetes se iban a sus friolentas cuadras para descansar hasta las seis de mañana del día siguiente. Cuando el reloj marcaba las doce de la noche, el cadete Miyashiro levantaba a gritos a todos los cadetes de la primera sección. Hacía que formen al pie de sus camas, uno al lado del otro. Luego de un prolongado silencio, el Monitor castigaba a los alumnos de tercer año, los perros, con ejercicios físicos que terminaban por desplomarlos del cansancio.

La mañana del 20 de marzo de 1968 Marco Miyashiro pisó por primera vez el Colegio Militar, una veterana edificación de la cuadra quince de la avenida Costanera, en el distrito de la Perla, Callao. La mayoría de los muchachos, próximos a ser cadetes, tenían un promedio de quince años. Rubén Meza, compañero de camarote de Marco Miyashiro desde que fueron cadetes en el año 1968, recuerda que a las siete de esa mañana calurosa de verano, más de cuatrocientos veinte adolescentes vestidos de civil y acompañados de sus padres fueron recibidos por el Capitán de año de apellido Bravo. Al cabo de una hora, luego de que los futuros cadetes se despidieran de sus padres, formaron en el patio principal del Colegio Militar, junto al

monumento construido en memoria de Leoncio Prado y, al cabo de unos minutos, fueron distribuidos en once secciones y en grupos de cuarenta cadetes. Los intrigados estudiantes pasaron a las cuadras, lugar donde se encontraban cuarenta camarotes distribuidos uno al lado de otro, y donde los nuevos huéspedes compartieron treinta y seis meses de una educación nada convencional bajo el mando militar.

“La particularidad de este colegio es que reunía a todas las clases sociales del Perú porque desde el primer día, al quitarnos todas las prendas civiles y vestarnos con el uniforme militar, las diferencias sociales desaparecían y todos éramos tratados por igual”, comenta Marco Miyashiro, mientras el sonido de un celular interrumpe su relato. Es el Coronel del Ejército Peruano, Víctor Estrada, actual Director del Colegio Militar que llama al ex leonciopradino para saludarlo y agradecerle por visitar la institución educativa que cuatro décadas atrás le identificó con el código 200568.

La vocación castrense de Marco Miyashiro empezó con una sugerencia. Cuando tenía catorce años, su vecino, Gustavo Cesti Ackermann, le recomendó a su padre, Enrique Miyashiro, que lo matriculase en el mismo colegio al que iban sus hijos. Cesti, vale la pena aclararlo, era instructor en dicha escuela. Don

Enrique, tras escuchar a su vecino e interesarse por la educación castrense que se impartía en dicha institución, le propuso a su único hijo hombre postular al Colegio Militar. El joven Marco no cuestionó a su padre y aceptó la propuesta.

Enrique Miyashiro era el hijo de dos inmigrantes japoneses llamados Kama. Su personalidad autoritaria se reflejaba en su permanente dedicación al trabajo y por el estricto papel que cumplía como hombre de familia y padre de cuatro mujeres y un hombre. Marco Miyashiro recuerda que la relación con su padre no fue cercana, que había una barrera muy marcada entre ellos que se veía reflejada en las conversaciones donde el tuteo era considerado como una falta de respeto.

Y si hay algo que Enrique legó a su hijo es el valor del respeto por la familia , aprender a valorar que el trabajo constante es la única herramienta para lograr las metas en la vida.

“El padre de Miyashiro era un hombre que a simple vista parecía una persona mayor a la edad promedio del resto de padres. Al igual que él, su padre era una persona muy seria y disciplinada”, explica Rubén Meza, un hombre de corta estatura, robusto y tez trigueña.

El ex alumno Miyashiro, el más disciplinado de su promoción y respetado por los cadetes de otros años del Colegio Militar, camina por el pabellón de tercer año, como lo hizo hace cuarenta años. En ese pabellón que es una edificación cuadrada de dos pisos que alberga varias cuadras o habitaciones que están conectadas por un amplio patio central, un pensativo Marco Miyashiro se detiene en medio del patio. Entre risas recuerda que cuatro décadas atrás, esa misma losa fue escenario de las más exhaustas formaciones, donde un Teniente de apellido Moriano y actual padrino de la XXV promoción, ordenaba a los más de cuatrocientos veinte cadetes formar a las dos de la mañana. En medio de una fina garúa y un viento helado, el Teniente Moriano le obligaba hacer incontables series de planchas.

“La rigidez con las que nos trató el Teniente Moriano nos hizo entender que la vida era dura y había que tener mucha fuerza mental para seguir adelante. Ese Teniente nos castigaba de manera colectiva para que entre nosotros nos incentiváramos y no cometiéramos faltas”, comenta Miyashiro, con una voz pausada y parado de forma rígida como un poste. Es como si el ex cadete y alumno del Colegio Militar se sintiera orgulloso y agradecido de haber sido formado bajo un régimen disciplinario tan severo, tan puramente castrense.

Dante Iparraguirre, quien fuera Brigadier General de la XXV promoción del Colegio Militar, recuerda que en el ambiente se respiraba la incertidumbre de lo que sería convivir junto a centenares de desconocidos que, al cabo de un mes, se convirtieron en caras familiares.

“En los primeros días experimentamos una serie de sentimientos y emociones por la intriga de lo que sería la vida militar. Esos primeros días todos estábamos asustados en el Colegio Militar. Luego de veinte días, recién empezábamos a entrar en confianza”, dice Dante Iparraguirre, actual presidente de Playa Blanca en Asia, uno de los balnearios más exclusivos de Lima.

Los nuevos cadetes o ‘perros’, llamados así por tener que soportar los malos tratos de los leonciopradinos de cuarto año, conformaban el tercer año. En ese conglomerado de puros adolescentes uniformados resaltaba un individuo que físicamente era distinto al resto. Un cadete corpulento, de ojos jalados, de cara ancha y que respondía al llamado de Miyashiro por los oficiales y ‘chino’, por sus compañeros de año.

El descendiente de abuelos japoneses, en perfecto silencio, continúa recorriendo la institución que cuarenta años atrás y durante tres años consecutivos, lo albergó en sus

pabellones, cuadras y patios. Se pasea por los distintos ambientes, algunos carcomidos por el salitre del mar, y que con el paso de los años mantienen los colores rojo y amarillo, matices distintivos de todas las paredes de la institución y de su insignia que tiene como lema los valores de disciplina, moralidad y trabajo. Al cabo de unos minutos, enciende un cigarrillo y se dirige hacia una cuadra del primer piso, que en la parte central y superior de la puerta de entrada lleva el nombre de Quinta sección. Miyashiro, junto a cuarenta y cuatro cadetes convivió durante el primer año de su estadía en la escuela militar bajo el techo de esa inmensa habitación que tenía dos hileras, una frente a otra y de veintiún camarotes cada una. El cadete de ascendencia japonesa dormía en uno de esos camarotes, en la cama de abajo y en la superior dormía Rubén Meza, un cadete que en el Colegio Militar se convirtió en uno de los mejores amigos de Marco Miyashiro porque Meza, al igual que el leonciopradino de ojos rasgados, era un muchacho serio, disciplinado y apegado a las reglas.

En la vida de Marco Miyashiro todo ha estado relacionado con el orden y la disciplina. Todo. La cama bien tendida, el ropero brillante y el piso bien encerado convivían en perfecta armonía en aquellos años de vida leonciopradina. Su

estilo de vida distribuido en horarios bien diferenciados para cada actividad que realizaba, daba cuenta de ello.

Henry Plaza Liendo, integrante de la XXV promoción que perteneció a la octava sección en el tercer año, recuerda que Marco Miyashiro era una persona muy responsable. Un hombre que se trazó metas físicas y académicas y que siempre las había logrado. Primero en el Colegio Militar como Monitor y cadete distinguido y luego como miembro de la Policía Nacional del Perú donde obtuvo el máximo rango de Teniente General y ocupó el cargo de Director General de la PNP.

Rubén Meza, hijo de un Coronel de la Policía Nacional del Perú y con quien Marco Miyashiro compartió camarote durante los tres años que duró su estancia en el Colegio Militar Leoncio Prado, fue uno de los pocos cadetes con los que “el chino” entabló una amistad cercana. Fue a partir de quinto año que el futuro Teniente General le comentó que quería formar parte de las filas de la Policía de Investigaciones del Perú.

“Cuando estuvimos juntos en la instrucción especial que tuvimos en el Colegio Militar para seguir un curso de oficiales en el Batallón de Infantería del Comando 19, que era el batallón más selecto del Ejército para ser Comandos, él me comentó que

quería ingresar a la PNP. De hecho, cuando hicimos ese curso, podía apreciar en el rostro de Marco Miyashiro, que estaba actuando en su campo”, comenta Rubén Meza mientras se saca los lentes, se soba los ojos, hace una pausa y prosigue la conversación. Dos golpes provenientes de la puerta de su oficina interrumpen el diálogo. Su secretaria le dice que tiene una llamada de un proveedor que ya envió las facturas a Corsun S.A.C., su empresa, que se dedica a la compra y venta de empaques plásticos para alimentos. Rubén, con su robusta apariencia, se dispone a dar por finalizado el intercambio de palabras con su secretaria y retoma la conversación.



Marco Miyashiro, momentos previos a su Primera comunión (1964)



Marco Miyashiro vistiendo el uniforme Scout del barrio de Chucuito, donde conoció al Víctor Polay Campos, futuro líder del MRTA.



El cadete Miyashiro vistiendo el uniforme deportivo del Colegio Militar Leoncio Prado y con el cual practicaba Judo durante tres horas diarias cuando cursaba el cuarto año de secundaria.



El cadete Miyashiro formando a las afueras del pabellón del Colegio Militar Leoncio Prado antes de entrar a clases.



El cadete Miyashiro, como era costumbre, cada fin de semana vestía el uniforme de salida antes de ir a su casa en el barrio de Chucuito, en la provincia constitucional del Callao.

LA VIDA DEL POLICÍA MARCO MIYASHIRO

**SUS INICIOS EN LA VIDA POLICIAL Y SUS
ASCENSOS**

Es una mañana fría y gris, propia de un invierno que se avecina. Un moderno auto de color azul y lunas oscuras llega a las instalaciones de la Dirección Contra el Terrorismo. Los dos técnicos de la Policía Nacional que están de guardia, custodiando la puerta principal del complejo, no dudan en abrir rápidamente las dos gigantescas rejas que separan la berma del estacionamiento principal de la Dircote, un viejo edificio de la cuarta cuadra de la avenida España, en pleno Centro de Lima. La imponente estructura que tuvo paredes amarillas, y que ahora lucen oscurecidas por los humos del tránsito vehicular, funcionó como la Dirección General de la Policía de Investigaciones del Perú, junto a muchas otras direcciones. Una de ellas fue la Dirección Nacional Contra el Terrorismo, fundada el 5 de junio de 1983 por el General de la Policía Nacional del Perú, Augusto Saldivar Campos. Para el año de 1985, la Dirección Contra el Terrorismo fue la única área de la Policía que no había sido removida del viejo edificio.

Esa mañana, Miyashiro ingresa a las instalaciones de la Dircote como lo hacía hasta el año 2005 para dirigirse a su antigua oficina para trabajar como Director de esta

dependencia. Pero el 1 de enero de 2006, el General de ojos jalados y mirada seria, pasó a la condición de retiro, luego de treinta y un años de servicio, a causa de una renovación del cuadro institucional. Cerca de las once de la mañana, los efectivos que se encuentran en las inmediaciones del estacionamiento del veterano edificio se dan cuenta de la presencia del General (r) de la Policía. Hay un silencio solemne en el ambiente. Los policías dejan de hacer sus tareas por un breve período de tiempo y saludan al otrora Director General. Es como si el tiempo se hubiese detenido en el espacio. Oficiales de todo rango adoptan la posición de firmes, apuntan la mirada hacia un solo objetivo y se disponen a rendir el saludo respectivo: “Buenos días, mi General”, dicen seis efectivos a manera de coro, mientras el General de ojos jalados y rostro ancho observa, en un profundo silencio, a los que algún día fueron sus colegas de trabajo. Parece que esa seriedad le ha ayudado a mantener un perfil bajo a lo largo de sus treinta y un años de servicio a la Policía.

El General de la Policía, a pesar de sus dos años y cuatro meses en retiro, ha dejado una marca distintiva con su nombre en cada rincón del edificio de la Dirección

Contra el terrorismo para que sus compañeros lo recuerden y los nuevos efectivos quieran saber más de él. Da la impresión de que entre los policías de la Dircote, división que él, en ese entonces, capitán de la PNP, integró para luchar contra la subversión, aún sigue vigente el rango de General de la PNP que, tiempo atrás, obtuvo Miyashiro. Él es una clara muestra de que en la Policía Nacional, así como en las Fuerzas Armadas, el estatus de General se mantiene, aún cuando el efectivo ya no esté en actividad.

Al cabo de unos minutos, el General Miyashiro, se despide de cada uno de los efectivos en el estacionamiento y se dispone a entrar por la puerta principal a la Dircote. Antes, el Mayor Marco Castro, Jefe de apoyo técnico de la PNP y quien participó como su subordinado en la captura de Abimael Guzmán en 1992, retiene al General. Con voz ronca, el Mayor Castro le dice que el siete de mayo fue el cumpleaños de Benedicto Jiménez, creador intelectual del Grupo Especial de Inteligencia que capturó al líder de Sendero Luminoso.

Benedicto Jiménez, un hombre corpulento, de tez trigueña y pelo blanco, era el típico policía que dedicó su carrera a estudiar las bases maoístas, leninistas y marxistas

de Sendero Luminoso para luchar contra la subversión. Era un policía obsesivo en sus investigaciones; un lector empedernido que, para el policía peruano promedio, no era común; un hombre que cuestionaba las formas y métodos de trabajo, actitud que en el año 1989 lo obligó a ser removido de la Dincote.

En 1990, Jiménez fundó el Grupo Especial de Inteligencia con el objetivo de capturar a los líderes máximos de Sendero Luminoso y el MRTA. Ese mismo año invitó al entonces Mayor Marco Miyashiro para que forme parte de esta nueva área anexa a la Dincote. Ambos comandarían un grupo que pondría fin a más de dos décadas de terror.

El Mayor Jiménez era conocido por muchos policías como ‘Rambo’, porque fue el único efectivo policial que aprobó el curso de Comandos en la Escuela de Comandos del Ejército del Perú. Su monumental condición física era el fiel reflejo de su personalidad autoritaria. Durante el primer año del GEIN, las falencias económicas y los trabajos sin descanso eran cosa de todos los días. Los efectivos no tenían presupuesto para comprar desayunos, almuerzos ni cenas. El Mayor Jiménez trataba de levantar

los ánimos de sus subordinados diciéndoles que la comida embotaba el cerebro; que era imprescindible mantener la fuerza y la firmeza; que estaban luchando una guerra de inteligencia, voluntades y motivaciones, donde la resistencia minuto a minuto daba mayores posibilidades de vencer.

Para el Mayor Jimenez no existía el frío, el calor, el hambre, ni el cansancio. Era el hombre más duro del equipo, que llevaba a límites inimaginables de severidad y perseverancia a todo su equipo.

Para el Mayor Marco Castro, un policía que en el año en el que se formó el GEIN fue reclutado por el Mayor Miyashiro para trabajar como perito de explosivos, Jimenez reflejaba el lado militar y duro que, inclusive, anteponía el trabajo antes que su propia familia. Era la contraparte de Miyashiro.

“Marco Miyashiro era el hombre político del Grupo Especial de Inteligencia: una persona muy reflexiva, muy serena. Era el que pensaba las cosas dos veces antes de hacerlas. Se preocupaba constantemente por la relación que tenía cada integrante del GEIN con su familia. Siempre buscaba la cohesión del grupo, que todos estuviéramos

conformes con nuestro trabajo. Era un facilitador de las tareas. Siempre pendiente de lo que faltara para darle una solución, por más mínima que fuera. No importaba si eran cuestiones operacionales, logísticas o asuntos personales, Marco siempre estaba dispuesto a colaborar. Era el lado opuesto de Benedicto”, dice el Mayor Castro, que está sentado junto a su escritorio, en una precaria oficina refugiada en el décimo cuarto y último piso del edificio de Investigaciones de la Policía, frente a la Dincote, un lugar repleto de habitaciones polvorientas que funcionan como oficinas, una zona donde el ascensor no llega, un espacio donde pareciera que el tiempo se ha estancado.

El General se pasea por los cuatro pasillos del Museo ubicado en el segundo piso de la Dircote. Estos están abarrotados de objetos incautados a la organización terrorista Sendero Luminoso. Hay mantos, retablos, lienzos, fotografías y banderas que hacen alusión al líder del grupo terrorista Abimael Guzmán y acaparan casi todo el espacio, dándole un color rojo intenso al museo.

El cuarto pasillo está dedicado a los efectivos policiales caídos en acción. Una serie de fotos enmarcadas

y ordenadas una al lado de otra muestran el nombre y rostro de nueve oficiales que murieron luchando contra la subversión en los últimos treinta años.

El General, luego de hacer una llamada, toma asiento frente a una larga mesa rectangular cubierta por un manto multicolor que se encuentra a unos cinco metros de la puerta de entrada al museo. Dos golpes provenientes de aquella puerta interrumpen el diálogo. Es el Comandante Rubén Zúñiga, un arequipeño sociólogo de profesión que entra al museo para saludar al General Miyashiro.

El Comandante de cuarenta y seis años de edad, blanquiñoso, alto, de pelo corto y peinado para atrás conoció a Marco Miyashiro en el año 1987, cuando trabajaba en la División de Investigaciones Espaciales de la Dincote. Zúñiga narra que el otrora Capitán tenía una particularidad que lo hacía diferente al policía común y corriente. “Él era un policía que si tenía que decir algo, lo decía. Era una persona muy honesta que buscaba que una llamada de atención llevara a la reflexión del resonrado. Esa necesidad de reflexión estaba relacionada con un fuerte sentido de valor por la familia y por la verdad”, dice el Comandante Zúñiga mientras saca una tarjeta de

presentación de su billetera. El General Miyashiro, con una seria mirada, se dispone a dar por finalizado el intercambio de palabras con el Comandante. Toma un sorbo de café y prosigue la conversación.

Miyashiro siempre se guió por la verdad hasta el día que asumió la Dirección General de la PNP. En su oficina, en la parte de atrás de la silla que acompañaba a su modesto escritorio, a unos dos metros de altura tenía un cartel de cartón que decía: “La verdad aunque duela”.

El General junto al equipo del GEIN y la Dircote pusieron fin a más de quince años de violencia y guerra interna al derrotar al movimiento senderista de ideología maoísta. Para él, este museo refleja el trabajo arduo de ochenta y dos hombres y mujeres que, durante treinta y tres meses, dismantelaron una organización terrorista que puso en jaque a toda una nación por cerca de dos décadas.

Marco Miyashiro pisó por primera vez la Escuela de Oficiales de la Policía Nacional del Perú una mañana de verano de 1971. Esa mañana, él junto a otros cadetes fueron recibidos por el jefe de compañía conocido como Comisario Primero. “La llegada a la Escuela de Oficiales

fue muy similar a la de hacía tres años, cuando ingresé al Colegio Militar Leoncio Prado: teníamos que formar diariamente. Los desfiles y los gritos fueron, al igual que en el Colegio Militar, parte de la rutina del día a día. En aquel momento me di cuenta de que empezaba mi formación profesional”, dice el General mientras toma el último sorbo de café expresso y procede a prender un tercer cigarrillo, como si fuera un proceso inconsciente cada vez que hace una pausa en la conversación.

En la Escuela de Oficiales, la vida empezaba a las seis de la mañana. Los cadetes bajaban al patio de la escuela con el uniforme deportivo para formar, y luego se dirigían a hacer educación física. Pero Marco Miyashiro era ajeno a los ejercicios físicos impartidos en el patio del complejo. Él pertenecía al equipo de lucha, junto a otros sesenta efectivos, por lo que practicaba judo en la sala de lucha de la escuela. Luego, a las siete de la mañana, este y los demás cadetes se preparaban para tomar desayuno. Al cabo de una hora, todos se dirigían a las aulas hasta la una de la tarde.

Acto seguido, pasaban al comedor para el rancho, nombre con el que llaman los efectivos al almuerzo para el

almuerzo, para el rancho. Luego, retomaban las clases hasta las seis de la tarde, hora en la que Marco Miyashiro volvía a la sala de lucha para practicar judo hasta las diez de la noche. Luego, nuevamente pasaba rancho y se dirigía a su respectiva cuadra para dormir.

Permaneció cuatro años en la Escuela de Oficiales, institución donde se formó. El hecho de haber estudiado en un colegio militar con un nivel de disciplina muy drástico lo educó para seguir una vida caracterizada por el orden y la obediencia. “En la Escuela de Oficiales aprendí una importante lección. Cuando ingresé a la Escuela de Oficiales yo era el perro y carecía de esa autoridad que tuve en el Leoncio Prado cuando era monitor. La vida da vueltas y eso me enseñó a ser mucho más modesto. El poder y la autoridad son facultades transitorias”, dice el General mientras enciende un cuarto cigarrillo.

Luego de terminar la Escuela de Oficiales, Miyashiro ascendió a Alférez y ocupó el cargo de Subcomisario de Policía de Investigaciones. Al mes de graduado, tuvo su primer destaque a la estación PIP de Pueblo Libre en el mes de febrero de 1975. A partir de ese año, el flamante Alférez empezaría una prestigiosa carrera

policial que lo llevaría a ocupar la Dirección General de la Policía Nacional del Perú.

Ricardo Tello, su compañero de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado, cuenta que Marco Miyashiro, a los diecisiete años, ya tenía claro lo que quería hacer de su vida. No vaciló al comentar su intención de formar parte de la Policía de Investigaciones del Perú.

El que años más tarde se convertiría en uno de los estrategas detrás de la captura de Abimael Guzmán tuvo la certeza de lo que quería ser en la vida. En 1971 empezó lo que sería una carrera que iría en ascenso a lo largo de tres décadas.

En el año 1978 Miyashiro ascendió a Teniente de la PNP. Tres años después fue ascendido a Capitán. Al cabo de seis años, a Mayor. Luego, en el año 1991, fue ascendido a Comandante. Al siguiente año fue ascendido a Coronel por Acción Distinguida al participar en la captura del líder de Sendero Luminoso; y diez años después, ascendió a General de la PNP. Luego, pasó a Teniente General y trabajó como agregado policial en España, hasta que el 1 de enero del 2006 que pasó a la situación de retiro por renovación de cuadro.

No sería impreciso afirmar que La motivación de Marco Miyashiro por formar parte de las filas de PNP surgió en la pre adolescencia, desde el año 1965, a la edad de catorce años. Cuando formaba parte de la agrupación de los Boy Scouts del Perú.

En 1969 comenzó a hacer el servicio de Rover, cargo destinado a los adolescentes que forman parte de la organización Scout. Su tarea era dar recreación al hogar de menores de Chucuito, en el Callao. El hogar se caracterizaba por albergar a niños que tenían conductas antisociales o sufrían algún tipo de abandono moral y material por parte de sus padres. Miyashiro, en los meses de verano, llevaba a los niños de este hogar a la playa de Punta Hermosa ubicada en el kilómetro 35 de la carretera Panamericana Sur. Dividía a la masa de niños en tres grupos, y se juntaba quince días con cada uno de los grupos. Era un total de cuarenta y cinco días de su tiempo libre que los dedicaba a ayudar y escuchar a cada uno de los niños en estado de abandono.

Con cada grupo de niños, una noche antes de que regresaran al hogar de menores, recorría la playa, mientras

en el camino recogían todo lo que se pudiera quemar. Luego de caminar cerca de una hora, los niños se preparaban para armar la fogata. Se daba paso a una ceremonia donde cada niño daba un testimonio público de sus defectos. El Rover, al escuchar los testimonios de cada muchacho, se dio cuenta de que existían menores que necesitaban ayuda y cuyas voces no eran escuchadas. “A partir de aquel momento surgió mi vocación. Hay que hacer algo para ayudar a la juventud, pensé. Y con esa inocencia de adolescente que creía que se podía hacer algo para cambiar el mundo, decidí que lo mío era ser parte de la PNP”, dice Miyashiro, mientras camina de un extremo a otro junto a la mesa y da una bocanada de humo que desaparece entre uno de los pasillos que alberga la parafernalia grupo terrorista más sanguinario de la historia contemporánea del Perú.

Dante Iparraguirre, compañero de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado, recuerda a Marco Miyashiro como una persona que, desde el primer día que lo conoció cuando cursaban el tercer año, tenía una vocación que lo llevaba a investigar, deducir y analizar el entorno que lo rodeaba. “Tenía una personalidad muy

curtida y madura para la edad que aparentaba. Sabía lo que quería en la vida y sabía lo que tenía que hacer para lograrlo”, dice Iparraguirre, un ex Capitán de Fragata (r) perteneciente a la Marina de Guerra del Perú. En el año 1990, Iparraguirre pidió su baja como muestra de lealtad y protesta cuando el candidato independiente Alberto Fujimori, por el partido político Cambio Noventa, ganó las elecciones de ese año y removió del cargo al entonces Comandante General de la Marina, Almirante Panizo.

El 28 de julio de 1990, día que salió electo el ingeniero Alberto Fujimori, se realizó una ceremonia en Palacio de Gobierno para hacer el brindis de honor con las autoridades máximas de las Fuerzas Armadas del Perú. Sin embargo, a las cuatro de la tarde, el entonces Almirante Montes Lecaros, que era el Jefe de Estado Mayor General de la Marina y compañero de Panizo, se retiró de la ceremonia sin avisar ni despedirse.

Luego, el Jefe de la Casa Militar de Palacio comunicó a todos los oficiales presentes que la ceremonia había sido reprogramada para las siete de la noche. Entonces, Dante Iparraguirre y Luis Penny, Capitanes de Fragata y ayudantes del Comandante General Panizo,

acompañaron a su superior, luego de que este recibiera una citación del entonces Ministro de Defensa, Jorge Torres Aciego.

El Almirante Panizo llegó a las siete de la noche a Palacio de Gobierno. A esa misma hora, el Almirante Montes Lecaros también se encontraba en Palacio, curiosamente, con el uniforme de Comandante General. Luego de reunirse cerca de una hora con el Ministro de Defensa en una de las oficinas de Palacio, el Almirante Panizo salió de Palacio con una carta en la que se le removía del cargo de Comandante General de la Marina. Al día siguiente, el Almirante Montes Lecaros fue nombrado como el nuevo Comandante General de la Marina de Guerra del Perú. Cabe la sospecha de que Vladimiro Montesinos ya era el asesor del Presidente de la República y estaba preparando sus cuadros para el futuro.

Marco Miyashiro egresó de la Escuela de Oficiales de la PNP un primero de enero de 1975, con el rango de Sub Comisario o Alférez, y tuvo su primer destaque a la estación PIP del distrito de Pueblo Libre en febrero de ese mismo año.

En una rudimentaria oficina conformada por un viejo y gastado escritorio, una silla y cuatro paredes que lo aislaban de las otras áreas de la PIP, el Alférez Miyashiro empezó a hacer sus primeras investigaciones policiales.

Miyashiro recuerda que uno de sus primeros casos fue el de un menor de edad que había sido detenido por el robo de un reloj de oro y una placa de policía. Luego de interrogar al adolescente, el Alférez Miyashiro descubrió que el joven delincuente pasó de ser un simple ladrón de montos menores, a estar implicado en el homicidio de un taxista.

Es a partir de ese caso que el Alférez Miyashiro empezaría a reflexionar sobre cada proceso una y otra vez. En cierto modo, se volvió obsesivo con su carrera de detective. Él lo recuerda así: “A partir de aquella investigación empecé a reflexionar sobre cada caso que me asignaban. Revisaba cada proceso una y otra vez. Examinaba hasta más de una vez lo que escribía para corregir la redacción y las posibles faltas ortográficas de mis informes”.

Un año antes de ascender a Teniente fue destacado a la Jefatura provincial de Cutervo, en el departamento de

Cajamarca. “En Cutervo recibí la condecoración más importante y grande de mi vida como policía, cuando a un campesino, de esos que uno solo recuerda su rostro y no el nombre, le recuperé ocho sacos de papa cuyo monto con las justas podía decirse que era delito. Mi trabajo consistió en seguir una larga trocha a pie durante seis horas hasta llegar al lugar donde se cometió el robo. Luego de recuperar los sacos, el campesino se arrodilló y me besó la mano y me dijo: *Señor, si usted no me recuperaba estas papas, yo no iba a tener las semillas para la próxima siembra*, aclamó el campesino, y añadió: *Los próximos seis meses iba a estar totalmente desamparado*. Ese acto, el ver arrodillado a un ser humano agradeciéndome, constituyó la condecoración más grande que he recibido en mi vida y me hizo reflexionar sobre la necesidad de justicia que demanda nuestro país”, dice un exaltado General (r) Miyashiro, mientras toma un generoso sorbo de café y continúa la conversación.

En 1978, Miyashiro es ascendido a Teniente. Ese mismo año, recibió el cinturón negro en Judo y se desempeñó como instructor de defensa personal y artes marciales para todo el personal que daba seguridad al

Presidente de la República. Durante los tres años en los que desempeñó como Teniente, integró la División de Seguridad de la Presidencia de la República y, el último año, trabajó como guardaespaldas del recién electo presidente Fernando Belaunde Terry.

La mañana de un 28 de julio de 1980, cuando se conmemoraba un aniversario más de la independencia del Perú, el Teniente Miyashiro, junto a otros efectivos vestidos con un impecable y grueso terno negro, corría a toda prisa desde la cuadra 21 de la avenida Brasil, para formar un cordón humano que custodiaba el vehículo del Presidente Belaunde Terry hasta Palacio de Gobierno. El Teniente Miyashiro tenía asignado el lado delantero derecho del coche presidencial, y mantenía la mirada fija en los espectadores para evitar que se interpusieran en el recorrido del vehículo presidencial, mientras Belaunde, con medio cuerpo al descubierto, saludaba a los presentes.

Luego de correr cerca de 31 cuadras, el esfuerzo físico y la tensión se reflejaron en el sudor que traspasaba el grueso terno negro del Teniente Miyashiro, quien no flaqueó ante las órdenes estrictas de sus superiores de cuidar en todo momento el carro presidencial. Ese día el

Teniente Miyashiro se dedicó a cumplir las órdenes de sus superiores sin mediar crítica o queja. alguna

Durante los dos primeros años que Miyashiro distinguió el grado de Capitán, trabajó en la División de Investigaciones Especiales. Esta unidad se encargaba de investigar los casos de terrorismo cuyas pruebas no eran suficientes para culpar a un sospechoso de terrorismo. A partir de aquel momento, el Capitán Miyashiro empezaría a tener sus primeras investigaciones a posibles terroristas.

Un año después, en 1984, el Capitán Miyashiro fue destacado a la Jefatura Departamental de Huánuco para trabajar como secretario. Ese mismo año llegó La Breña, un grupo del Ejército Peruano que daría inicio a la lucha armada contra el terrorismo. El destacamento requería de policías que apoyaran en los trabajos de inteligencia. Miyashiro, quien un año antes había ascendido a Capitán, fue designado para que trabajara con La Breña.

El Capitán Miyashiro, junto a una patrulla de cuarenta militares, caminó diez horas diarias durante siete días seguidos en medio de las montañas de la sierra peruana, con el objetivo de atacar a los terroristas. A las

cuatro de la tarde de cada día empezaba el patrullaje en medio de zonas remotas y agrestes, donde la presencia del Estado muchas veces no llegaba, y donde los pobladores no conocían más allá del entorno natural que los rodeaba. “El maíz frito y el agua conformaban la alimentación del día a día. El frío se convirtió en el segundo enemigo del destacamento militar. Carecíamos del equipo adecuado para soportar el helado frío de la cordillera. En medio de esas condiciones, sufrimos una emboscada terrorista. A pesar de estas carencias, no podíamos ceder porque se imponía el deber de hacer frente a un enemigo que ponía en peligro la seguridad interna de nuestro país”, dice el General Miyashiro mientras cruza las piernas y fuma un cigarrillo que sostiene entre los dedos y que se ha consumido hasta la mitad.

Para el Comandante Zúñiga, el capitán Miyashiro era un policía que no solo sobresalía por un aspecto físico oriental que resaltaba a simple vista y lo hacía distinto al resto, sino, por ser un policía dedicado, honesto y que tenía un sentido por la verdad muy marcado.

En el año 1990, Benedicto Jiménez trabajaba en la Dirección Nacional Contra el Terrorismo. Ese mismo año, el entonces Mayor Jiménez tenía que trabajar de forma conjunta con el General Flores y el Coronel Blanco, quienes, según Jiménez, tenían un concepto equivocado de lo que significaba emplear la inteligencia contra el terrorismo. Las fricciones entre el Mayor Jiménez y sus dos superiores no se hicieron esperar y lo obligaron a renunciar a la Dircote.

El día en el que el Mayor Jiménez fue a despedirse del General Reyes, jefe de la Policía de Investigaciones del Perú, éste le da una nueva oportunidad. El General Reyes creía que el Mayor Jiménez Bacca, quien se graduó con el primer puesto en la Escuela de Oficiales y obtuvo la Placa de Oro de su promoción, tenía un futuro prometedor como policía. Reyes no dudó en ofrecerle un espacio dentro de la PNP al Mayor especializado en Análisis de Inteligencia. Al cabo de un mes, el 5 de marzo, el Mayor Jiménez convocó a varios policías en una nueva unidad llamada Grupo Especial de Inteligencia (GEIN) que se distinguiría de las demás unidades contrasubversivas por emplear la Teoría de Inteligencia Operativa para capturar a la cúpula de Sendero

Luminoso y poner fin a las aterradoras acciones terroristas en el Perú.

La Teoría de Inteligencia Operativa consistía en la combinación de la inteligencia con la investigación criminal. Primero se capturaba al terrorista, luego se empezaba la fase de investigación hasta ponerlo a disposición de los fiscales. Para ello, el GEIN creó un área que se llamó ‘Investigación Básica’, que reunía información y apoyaba a los grupos de observación y vigilancia. Luego, en la segunda fase se interrogaba al terrorista.

Uno de los oficiales llamados por el Mayor Jiménez fue el entonces Mayor Marco Miyashiro, quien en el año 1987 fue ascendido al grado de Mayor. Ese mismo año fue asignado a la División de Investigaciones Especiales de la Dircote para combatir el terrorismo urbano, luego de haber adquirido experiencia en el destacamento La Breña que hizo frente al terrorismo rural en tierras huanuqueñas.

Uno de los primeros casos que el Mayor Miyashiro investigó en la Dircote fue el de Víctor Polay Campos, el líder del MRTA al que Miyashiro conoció en la agrupación de los Boy Scouts, a la edad de once años, cuando Polay

Campos tenía quince años y era el líder de la patrulla Lobos.

Al cabo de tres años de haber trabajado como agente de la DIE, Miyashiro fue invitado por Jiménez para que forme parte del GEIN y sea el jefe responsable de las investigaciones relacionadas al grupo terrorista del MRTA. Pero llegó un momento en el cual el GEIN no podía hacer frente al MRTA y a Sendero Luminoso de forma simultánea, porque la estructura de este último grupo terrorista se tornó demasiado compleja y amplia. Requería una atención especial, por lo que el Mayor Marco Miyashiro unió fuerzas con el Mayor Benedicto Jiménez, y ambos cumplieron una función de analistas estratégicos que consistía en ver cómo se desarrollaba cada operación y las previsiones que se tenían para hacer frente al grupo terrorista liderado por Abimael Guzmán.

Para Jiménez, Miyashiro era una persona que tenía un rostro indescifrable. No se sabía si estaba molesto, alegre o melancólico. Siempre mantenía la misma cara: de mirada seria y reservada. No hablaba mucho, pero reunía las cualidades imprescindibles de un verdadero policía: ser

un hombre confiable, leal y que había cultivado un claro sentido por la ética.

El Comandante Luciano Olivos, Jefe de Logística de la Dircote, recuerda haber sido testigo de esa disciplina ética en diferentes etapas de la vida castrense de Miyashiro. Primero, como instructor del curso de Ética Policial en la Escuela de Oficiales. Luego, como jefe directo en el Grupo Especial de Inteligencia. En ambos casos siempre lo vio como una persona capaz e influyente en sus decisiones. Para el Comandante Olivos, las enseñanzas éticas y morales que transmitía Miyashiro como instructor y jefe del GEIN, eran principios que parecía que él seguía día a día en su vida profesional.

El GEIN empezó a trabajar con una información que Jiménez tenía desde el año 1985. Esta información contenía el número de teléfono de una tal camarada Isa, quien en el año 1985 había sido detenida por la Unidad Operativa Delta 5 de la Dircote. A partir de esta información, fueron surgiendo nuevos nombres y pistas que llevaron a diez operaciones que desmantelaron a

Sendero Luminoso y una última que llevó a la captura de su líder, Abimael Guzmán.

Los inicios del GEIN fueron difíciles. La oficina del Mayor Jiménez era pequeña, albergaba un desteñido escritorio de madera y un viejo sillón de tres cuerpos al que le faltaba un apoyo. Funcionaba en el tercer piso de un inconcluso y abandonado edificio de catorce pisos perteneciente a la Policía de Investigaciones del Perú ubicado en la cuadra tres de la avenida España, frente a las instalaciones de la Dircote.

Las instalaciones del GEIN, al igual que el resto del edificio, no tenían acabados, no había divisiones internas y las ventanas fueron tapadas con tablonces para evitar las fuertes ráfagas de viento.

Para el entonces Mayor Zúñiga, quien pasó a formar parte del GEIN luego de tres meses de su constitución, confiesa que las condiciones de trabajo fueron precarias y no había más apoyo que la propia moral de los efectivos que trabajaban en el GEIN. Zúñiga recuerda que la pared que se encontraba frente al escritorio de Jiménez estaba llena de diagramas de flujo, nombres de terroristas, sobrenombres de camaradas, placas de vehículos y

direcciones domiciliarias. Todo estaba escrito sobre varios papelógrafos que Jiménez y Miyashiro iban pegando en la pared conforme las investigaciones iban avanzando.

Transcurrían los meses de octubre y noviembre de 1990 cuando los Mayores Miyashiro y Jiménez guiaban las operaciones que efectuaba el GEIN. Durante esos meses, el entonces General Reyes Roca, Jefe de la Policía de Investigaciones del Perú, había propuesto a la PNP el ascenso de Benedicto Jiménez a Comandante. El Mayor Jiménez le dio las gracias al General Reyes Roca y le explicó que el Mayor Miyashiro también merecía ser ascendido, de lo contrario, Jiménez no aceptaría el rango de Comandante. Reyes Roca accedió al pedido de Jiménez y en 1991, los líderes del GEIN ascendieron al rango de Comandantes.

Los ahora Comandantes Miyashiro y Jiménez, luego de planificar y guiar once exitosas operaciones que llevaron al desmantelamiento de Sendero Luminoso, lograron capturar al líder senderista Abimael Guzmán el 12 de septiembre de 1992. Días después de la captura del líder e ideólogo senderista, Fujimori citó a los ochenta y dos

efectivos del GEIN en el Club de la Guardia Civil ubicado en la avenida El Golf en el distrito de San Isidro, para premiarlos con la recompensa de un millón de dólares y el ascenso directo al rango correspondiente. Los ochenta y dos miembros del GEIN formaron frente al Presidente. Los Comandantes Miyashiro y Jiménez lideraban la formación que estaba jerarquizada de acuerdo al rango de los policías.

Benedicto Jiménez recuerda que el entonces Presidente Fujimori observaba de manera seria a los efectivos, mientras sostenía una bolsa que contenía la recompensa de un millón de dólares distribuidos en innumerables fajos de billetes que sumaban diez mil dólares cada uno. Al cabo de unos minutos, el Presidente de la República empezó a repartir, fajo por fajo, la cantidad ajustada a cada uno de los miembros del GEIN. Conforme Fujimori iba repartiendo el dinero, el Comandante Miyashiro se veía obligado a ir retrocediendo poco a poco a lo largo de la fila, hasta llegar al final, ya que cada vez que parecía tocarle su turno, Fujimori lo salteaba. El Comandante Miyashiro, sorprendido por la actitud del presidente, dijo:

–Señor Presidente, quiero que me explique por qué no me da mi parte de la recompensa–.

Fujimori respondió de una manera muy general:

–Ha habido una investigación que concluye que van a tener que pagar por haber difundido el video de la captura.

A lo cual Miyashiro añadió:

–¿Se refiere a mi persona, señor presidente?–.

Fujimori se quedó en perfecto silencio mirando al atónito Comandante Miyashiro, quien exclamó con voz furibunda:

–Acá hay una confusión, señor Presidente, porque yo soy una persona honesta y honrada.

Todos los presentes, sorprendidos por lo ocurrido, guiaron la mirada hacia el exaltado Comandante Miyashiro. Al no recibir explicación alguna de parte de Fujimori, salió de la fila, se dirigió a la puerta y se marchó.

Luego de la ceremonia de premiación, los glorificados policías se dirigieron a las instalaciones del GEIN. Allí hicieron una colecta y cubrieron los diez mil dólares de la recompensa que le tocaba al Comandante Miyashiro.

Ese mismo año, por Acción Distinguida, se procedió al ascenso de todos los efectivos del GEIN, a excepción de dos policías: Cappa y Miyashiro, debido a la orden de arresto que injustamente les impuso el General Antonio Ketín Vidal.

Antonio Ketín Vidal, un hombre de corta estatura, delgado, sin músculos, de tez blanca y pelo negro, era un policía controversial que en el año 1985 fue separado de la Policía de Investigaciones del Perú por haber estado implicado en el caso de narcotráfico “Villa Coca”.

Ketín Vidal tenía un tono de voz calmado que se contraponía a su personalidad con ansias de poder. Un hombre que, detrás de la imagen de un policía carismático y parsimonioso, nunca perdió la oportunidad de sobresalir sin medir las consecuencias de sus acciones. Dicha actitud, en el año 1992, luego de la captura de Abimael Guzmán y posterior difusión de un video que el mismo Ketín Vidal editó, lo convertiría en el héroe nacional que habría logrado la captura del líder de Sendero Luminoso.

En 1991, el General Ketín Vidal fue nombrado como Sub Jefe de la Dirección Nacional Contra el Terrorismo, un puesto que nunca había existido y que ese

año el polémico General ocupó. Ese mismo año, cuando la Dircote pagaba los sueldos de sus integrantes en efectivo, se produjo el robo de una fuerte suma de dinero en las oficinas del General Héctor Jon Caro, Director de la Dircote. Tras el escándalo producto del robo, el General Jon Caro fue destituido del cargo y Ketín Vidal fue nombrado como su sucesor.

El periodista Carlos Paredes recuerda que el General Ketín Vidal no conocía al detalle el plan del GEIN para capturar a Abimael Guzmán. El sábado 12 de septiembre de 1992, día en que se capturó al líder de Sendero Luminoso, el nuevo Director de la Dircote no estaba en su oficina. Ese mismo día, cuando el General Ketín Vidal, oficial superior del Comandante y jefe del GEIN Marco Miyashiro, se enteró de la captura, le ordenó entregar el video de la operación “Captura del Siglo” que el Sub Oficial Cappa había grabado mientras los efectivos del GEIN capturaban al líder de Sendero Luminoso. El General Ketín Vidal le explicó al Comandante Miyashiro que la cinta sería entregada personalmente al Presidente de la República Alberto Fujimori. Caída la noche, el video fue difundido por un canal de televisión de señal abierta, por

una periodista amiga del General Ketín Vidal, quien en ese tiempo trabajaba como asistente de la cadena de noticias BBC. Tras la difusión de la cinta entregada, donde Ketín Vidal apareció como el hombre que capturó al líder de Sendero Luminoso, el Presidente de la República exigió saber quién fue el responsable de la difusión de la controversial cinta, la cual, según las normas castrenses, no debió hacerse pública. El nuevo Director de la Dircote, al no reconocer su falta, culpó al Jefe del GEIN Marco Miyashiro, quien fue acusado bajo el cargo de Falta de seguridad contra la documentación. Ese castigo le impidió al Comandante Miyashiro, que planificó la captura de Guzmán junto a Jiménez, ascender de manera inmediata y recibir la recompensa ofrecida por el Estado peruano.

Diez días después de la captura de Abimael Guzmán, el trabajo del Comandante Miyashiro como Jefe del GEIN fue reconocido y ascendió a Coronel. Al cabo de cuatro meses de haberse realizado la Captura del Siglo, el Coronel Miyashiro fue cambiado a la Segunda División Policial de Lambayeque, Chiclayo, Cajamarca y Amazonas por orden del General Ketín Vidal. Luego de trabajar como

Jefe de la División Contra el Terrorismo, el Coronel Miyashiro regresó a Lima en agosto de 1994 para ocuparse de la Unidad Especial de Investigación Tributaria de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria. En la SUNAT, el Coronel Miyashiro creó un grupo que se autodenominaba Los Intocables, que se dedicaba a investigar a los evasores de impuestos y a los falsificadores de documentos. Luego de trabajar más de dos años en la SUNAT, en diciembre de 1996, el Coronel Miyashiro asistió, junto a otros seiscientos invitados, a una ceremonia en la casa del embajador japonés Morihisa Aoki, donde fueron secuestrados y retenidos cerca de cuatro meses por catorce miembros de la agrupación terrorista MRTA.

Durante la toma de la embajada, el Coronel Miyashiro estaba preocupado por su seguridad al igual que el resto de los rehenes. Frente a una situación que atentaba contra su vida, el Coronel Miyashiro, a lo largo de los cuatro meses, supo afrontar la crisis de manera lúdica. “La comida era de tres tipos: peruana, japonesa y dieta. Debido a que la comida japonesa se prepara en casa solo para fiestas, yo había escogido ese tipo de comida porque al estar de invitado en la casa del embajador japonés, todos

los días estaba de fiesta. Eran mecanismos mentales para aliviar las tensiones a causa del cautiverio”, dice el Coronel mientras enciende un cigarrillo. Pero la preocupación del Coronel Miyashiro era distinta y más intensa que la del resto de rehenes, debido a las investigaciones que realizó contra el MRTA desde 1987 cuando trabajaba en la División de Investigaciones Especiales de la Dircote.

Pocos días después de Navidad, el 27 de diciembre, el diario La República publicó un artículo sobre el trabajo de Marco Miyashiro contra el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. El líder de la agrupación terrorista, Néstor Cerpa Cartolini, quien desconocía la labor del Coronel Miyashiro hasta antes de leer el polémico artículo, ordenó que el Coronel sea sometido a un juicio popular para determinar su grado de culpabilidad en la persecución del grupo emerretista.

El primer piso de la casa del embajador fue acondicionado con una mesa redonda y cinco sillas: cuatro para los dirigentes del MRTA y una para el Coronel Miyashiro. Luego del mediodía, se dio inicio al juicio que definiría el futuro del Coronel. “Tuvimos una conversación bastante larga donde le hice ver a Cerpa y compañía que yo

solo cumplía con mi deber y mi trabajo de policía”, dice un ensimismado Coronel, mientras mira el techo y exhala una bocanada de humo de cigarrillo.

Mario Rossi del Castillo, compañero de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado recuerda que, como miembro de la Junta Directiva de la XXV promoción, organizó una misa de salud el 25 de abril, día en que Marco Miyashiro cumpliría años. Pero tres días antes de su cumpleaños, Miyashiro fue liberado junto a otros setenta y un rehenes tras la exitosa operación Chavín de Huantar. A pesar de ello, la misa se llevó a cabo el 25 de abril de 1997 en una capilla ubicada a espaldas de la embajada del Japón, que estuvo resguardada por efectivos de la Policía. Al término de la misa, cerca de cincuenta miembros de la XXV promoción del Colegio Militar fueron a los exteriores de la capilla, donde reinaba un silencio sepulcral. Un integrante de la promoción rompió el silencio entonando el himno del Colegio Militar Leoncio Prado, y el resto de sus compañeros, a manera de coro, empezaron a entonar las notas del imponente himno. “En ese instante, Marco se cuadró y adoptó la posición de firmes. Conforme cantábamos más fuerte, Marco se iba

emocionando, le empezaron a temblar las manos hasta que al hombre de mirada seria y sonrisa parca se le empezaron a caer las lágrimas”, dice el entusiasmado compañero de Marco Miyashiro, con un tono de voz pausado.

Luego de la liberación de los rehenes en abril de 1997, el Coronel Miyashiro fue cambiado a la Escuela de Oficiales de la PNP para trabajar como Jefe de Personal, y un año después, fue designado como agregado policial a la República de Bolivia. En ese país permaneció hasta el 12 de noviembre del año 2000, fecha en la que el Ministro del Interior, Fernando Dianderas, ordenó el retorno a Lima del Coronel Miyashiro.

En la ciudad de Lima, el Presidente de la República, Alberto Fujimori se reunió en Palacio de Gobierno con el Coronel Miyashiro y le encargó conformar un grupo de Inteligencia con la misión exclusiva de capturar a Vladimiro Montesinos. El Coronel Miyashiro no dudó en acatar la orden que el mismísimo Presidente de la República le dio.

Luego de que Alberto Fujimori renunciara vía fax a la Presidencia de la República en el año 2001 y Valentín Paniagua asumiera el mando presidencial, Ketín Vidal fue

nombrado Ministro del Interior. Ese mismo año, el Coronel Miyashiro fue cambiado al cargo de Jefe Regional de Inteligencia de la Novena Región Policial. En el mes de julio, cuando Alejandro Toledo asumió la Presidencia de la República, el Coronel Miyashiro fue llamado por el Ministro del Interior, Fernando Rospigliosi, para trabajar como Director Ejecutivo de la División General de Inteligencia del Ministerio del Interior.

El periodista Carlos Paredes recuerda a Miyashiro como un hombre poco comunicativo con la prensa, muy reservado al momento de hablar sobre su trabajo. Pero cuando se veía obligado a informar de su trabajo, lo hacía con tranquilidad, de una forma detallada y solo respondía a lo que le preguntasen.

El General Miyashiro vestía el uniforme cada vez que se dirigía a su oficina de la Dirección de la Dircote. Una típica oficina de la Prefectura. Amplia, alfombrada, con viejos muebles de madera y bien arreglada. Carlos Paredes, periodista desde 1990, reportero de investigación y buen amigo de Miyashiro, se encontraba al pie del computador del uniformado General, observando una serie

de documentos y fotografías que hacían alusión a los senderistas del Huallaga. El General Miyashiro, con cigarro en mano, le explicaba el contenido de cada foto, mientras un mozo les servía café y gaseosa.

Paredes no vaciló en pedirle la documentación referente a los terroristas. Pero el General, muy pegado a las normas, se negó, argumentando que necesitaba de la autorización del comando que capturó a Abimael Guzmán. El General Miyashiro, al actuar, anteponía los principios éticos ante cualquier circunstancia. No hacía excepciones ni con sus amigos. En los próximos tres años, el General Miyashiro trabajaría como Inspector General y luego como Presidente del tribunal Administrativo Disciplinario hasta los primeros días de enero del 2005 que fue ascendido al máximo rango de Teniente General y designado como Director General de la Policía Nacional del Perú.

En septiembre de ese mismo año, el General Miyashiro fue cambiado de locación y enviado a la embajada de Perú en España como agregado policial, donde permaneció hasta septiembre del 2007. Pero el 1 de enero del 2006, el General Miyashiro, luego de prestar treinta y un años de servicio a la PNP, fue invitado a pasar

a la situación de retiro. “Como continuaba trabajando como agregado policial en España, no me afectó estar fuera de servicio porque tenía una rutina diaria de trabajo y deberes que cumplir. El cambio lo sentí cuando retorné al Perú y me vi obligado a optar por una vida de oficial en retiro. Para compensar la vida intensa que tuve como policía activo, me dediqué a diversas actividades”, dice un hombre bajo, corpulento, de cara ancha y mirada seria, que ha hecho de la disciplina y la ética las bases de su vida.



El Teniente Miyashiro luego de obtener el cinturón negro de Judo, trabajó en la División de Seguridad de la Presidencia de la República. En la foto se ve al Teniente Miyashiro custodiando al Presidente Francisco Morales Bermudez en la localidad de Moyobamba.



Marco Miyashiro, junto a tres compañeros, participando en la Indaba Nacional Scout, realizado en la ciudad de Chiclayo en 1974. El evento tenía la finalidad de integrar a los distintos grupos Scouts de todo el país.



Miyashiro en la ceremonia de graduación de la escuela de Oficiales de la PNP el primer día del año de 1975 con el rango de Alférez.



El Teniente Miyshiro trabajando como resguardo presidencial del Presidente Constitucional Fernando Belaunde Terry en la localidad de Pucallpa.



Cubriendo el Servicio de Resguardo Presidencia al
Presidente Fernando Belaunde Terry, durante el
desfile de Fiestas Patrias de 1982

LA VIDA DEL POLICIA MARCO MIYASHIRO

ENTRE LA VIDA POLICIAL Y FAMILIAR

Es martes por la mañana. Hay un frío intenso y una humedad propia del invierno de Lima. Un rudimentario y pequeño portón de madera de la cuadra 3 de la calle 28 de Julio en el distrito de Magdalena, exhibe un diminuto cartel que dice ‘Compañía de seguridad MIYASH S.A.C’. De pronto, un hombre delgado que aparenta unos 30 años de edad, no duda en acercarse al notar la presencia de un extraño que observa cada detalle de la decrepita puerta de madera. Al cabo de unos minutos, un segmento del viejo portón se abre, mientras el General en retiro de la Policía Nacional del Perú, vestido con un polo azul y pantalón de buzo, ordena a su joven vigilante que se tranquilice.

Esa misma mañana, Marco Miyashiro, luego de atravesar un pequeño pasadizo que funciona como garaje y única entrada a su domicilio, ingresa a las instalaciones de su casa y única propiedad inmobiliaria. Una imponente estructura color blanco y de tres pisos donde vive junto a sus hijos Diego Mitsuhiro de 17 años, Marco Mitsuo de 20 años y su esposa Lidia. Un inconfundible olor a flores y un inmenso elefante de mármol junto a un pequeño samurai, reposan sobre un brillante piano que se encuentra a un lado de la entrada de la sala. Marco Miyashiro, luego de cerrar una puerta corrediza de estilo japonés, se sienta

en uno se los espaciosos sillones blancos de la sala que está rodeada de espejos.

Marco Miyashiro recuerda que cuando era policía en actividad, el tiempo que le dedicaba a su familia era muy escaso. “Cuando prestaba servicios en el Perú, estaba muy pocas veces dentro de casa. El horario de vida era dedicado casi por completo a la Policía. Durante mi tiempo de policía activo, mi dedicación a la familia era casi nula”, recuerda Marco Miyashiro, mientras hace una pausa y escucha la risa de su esposa que proviene desde la cocina. Es como si Marco Miyashiro aprovechara cada instante de su vida como policía en retiro para retomar el contacto con su familia.

Al cabo de unos minutos, el sonido de una puerta que se abre, interrumpe la conversación. Es Lidia de Miyashiro, psicóloga de profesión y esposa de Marco Miyashiro, quien entra a la sala con una fuente de metal y dos tasas de café negro.

Para la esposa de Marco Miyashiro, él es un hombre muy hogareño. Un sujeto que fuera de casa muestra una imagen de serio y parco, pero dentro del hogar, es un hombre muy dedicado a su familia. Un padre al que le gusta cocinar para sus hijos. Un esposo nada machista que busca un equilibrio entre los quehaceres de la casa.

“Marco Miyashiro como esposo y padre es un hombre muy cooperativo, generoso y cariñoso. Muestra su afecto y sentimientos a través de hechos y acciones y no tanto con palabras. Cuando nuestros hijos llegan de la universidad por las noches y les provoca ciertos platos, él sin pensarlo dos veces, se los prepara. Es un padre muy desprendido”, dice Lidia de Miyashiro, en voz alta y alegre.

La señora Miyashiro, una mujer delgada, de tez trigueña y pelo color castaño y corto, conoció a Marco Miyashiro en la Asociación del Estadio la Unión de Pueblo Libre, cuando él era Teniente de la Policía Nacional del Perú e iba cada tarde a practicar judo y ella practicaba atletismo.

La señora Lidia recuerda que al conocer a Marco Miyashiro, él era una persona seria y parca, pero muy paciente y perseverante.

Marco Miyashiro se pasea por el tercer y último piso de su casa, que funciona como su oficina y biblioteca. Dos puertas corredizas al estilo japonés, hechas con telas blancas y finos palos de madera, separan un pequeño escritorio, lleno de papeles y que sostiene una Lap Top, de un amplio espacio conformado

por dos grandes muebles marrones y un estante lleno de libros y adornos orientales.

Entre los dos sillones, una pequeña mesa sostiene un proyector y una ruma de películas que Marco Miyashiro proyecta para verlas junto a sus dos hijos durante cada fin de semana.

Para el General en retiro, el tercer piso de su casa representa un espacio donde pasa la mayor parte del día leyendo, viendo películas de acción y monitoreando su empresa independiente que brinda servicios de seguridad.

“Ahora que está en casa, busca invertir su tiempo en distintas cosas para estar ocupado. Ahora tiene que buscar tareas alternativas, como ir al gimnasio dos horas diarias durante las mañanas o hacer consultorías de seguridad para estar activo. Al mismo tiempo está contento porque pasa más tiempo con sus hijos”, dice Lidia de Miyashiro, mientras una alerta de un teléfono Nextel interrumpe el diálogo.

Marco Miyashiro siempre supo diferenciar la vida familiar de la vida policial. Los domingos de cada semana, eran los días que Marco Miyashiro se los destinaba a su familia. Cada domingo tenía la costumbre de ir caminando junto a sus dos hijos y esposa, por la Costa Verde, hasta Chorrillos mientras

conversaban de distintos temas. Es como si el General en retiro hubiese buscado en cada actividad que realizaba junto a su familia, un momento para compartir.

Marco Miyashiro recuerda que el valor de la familia lo aprendió de la cultura oriental. De ella interiorizó los valores de la disciplina y el respeto por la familia. “Un matrimonio no representa la unión de dos personas, sino la unión de dos familias; y la familia es un valor que me ha impulsado a seguir trabajando de forma constante”, dice el policía con voz pausada, mientras toma un sorbo de café.

Para Lilia de la Cruz, quien trabaja junto a la familia de Marco Miyashiro desde hace 7 años, él es un buen patrón y un excelente padre y esposo. “La relación con su familia es muy cercana ahora que está en retiro y pasa más tiempo en casa. Es un hombre que se da tiempo para todos dentro de su familia. Es una persona muy bondadosa y caritativa que se preocupa por el bienestar de la gente que lo rodea”, dice Lilia de la Cruz, una mujer mayor, de rasgos mestizos, pelo crespo y voz pausada.

Para César Canales, Técnico de tercera y chofer del General en retiro desde hace tres años, Marco Miyashiro es un hombre sencillo, amable y muy atento con sus hijos. “Marco Miyashiro es una persona a la que le gusta compenetrarse con su

familia. Sobre todo, que sus hijos disfruten y se sientan bien”, dice César Canales, un hombre delgado y joven, mientras está sentado afuera de la casa de Marco Miyashiro, junto al viejo portón de madera que colinda con la berma de calle.

La relación de Marco Miyashiro con sus hijos siempre ha sido cercana y regida por los valores del respeto y la disciplina.

Para Marco Mitsuo Miyashiro, el primogénito, su padre es un hombre que se muestra de una forma más amigable y hogareña dentro de casa, mientras en la calle adopta una imagen de serio y duro. “Cuando estamos en casa es muy alegre y conversador”, dice Marco Mitsuo Miyashiro, quien a diferencia de su padre, es alto, de contextura delgada y mirada alegre. A sus veinte años cursa el sexto ciclo de la carrera de Administración hotelera en la universidad San Ignacio de Loyola.

Es como si Marco Miyashiro tuviera dos facetas en su vida muy diferenciadas. En la vida pública muestra una imagen de hombre serio, y en la vida familiar una imagen de hombre hogareño y afectuoso con sus hijos.



Marco Miyashiro en compañía de su madre Eugenia Arashiro, su esposa Lidya de Miyashiro, y sus hijos Mitsuo y Mitsuhide, en las instalaciones de la Dirección General de la PNP.

LA VIDA DEL POLICÍA MARCO MIYASHIRO

SU VIDA COMO GENERAL EN RETIRO DE LA

PNP

Son las nueve de la noche y la llovizna anuncia el inicio de un crudo y húmedo invierno. Un grupo de doce hombres que llevan las marcas del paso de los años en sus cuerpos juegan bulbito. Entretanto, el General en retiro, en completo silencio y con cigarro en mano, observa sentado en una de las bancas de un rústico complejo deportivo a sus compañeros de la escuela militar como un riguroso entrenador que observa al detalle cada jugada de su equipo. El inmenso complejo deportivo de la cuadra diecisiete de la avenida Tomás Marsano, a doce cuadras del antiguo Cementerio Municipal de Surquillo, está conformado por una cancha de fulbito, un ambiente con paredes azules que funciona como camerino y un pequeño quiosco que expende gaseosas y cervezas para mitigar la sed de los exhaustos deportistas. Las lisuras emitidas por un exaltado y reducido público, y el ritmo de fondo de una salsa antigua distorsionada por viejos parlantes ubicados junto al quiosco, acompañan las jugadas del reñido partido de fulbito que cada jueves, desde hace diez años, cerca de treinta integrantes de la XXV promoción del Colegio Militar despliegan en aquella losa deportiva.

Esa misma noche, luego de haber empezado el partido, llegan tres compañeros de Marco Miyashiro del Leoncio Prado, quienes se sientan a su costado como guardaespaldas y empiezan

a recordar los gratos momentos vividos en los pabellones del monumental colegio, que treinta y ocho años atrás, los educó bajo un estricto régimen militar. “Cuando estábamos en el quinto año y Marco Miyashiro era Monitor, entró al pabellón del tercer año porque estaban pegándole a un cadete de ese año. Inmediatamente, Miyashiro no dudó en poner orden”, recuerda entre risas Ricardo Tello, compañero y amigo de Marco Miyashiro desde el año 1968, cuando ingresaron al Colegio Militar. Al cabo de unos minutos, un ensimismado General en retiro observa cada jugada que realiza su último hijo, Diego Miyashiro, un muchacho de diecisiete años de edad, quien desde hace cerca de diez meses, cuando el general Miyashiro pasó a la condición de retiro, empezó a participar de manera constante junto con su padre en los eventos sociales y deportivos que realiza la XXV promoción del Colegio Militar cada jueves desde hace más de veinte años.

Al cabo de una hora, el sonido de un timbre da por finalizado el partido de fútbol. La luz de los reflectores que alumbran la cancha, se apagan. Los jugadores que desde hace treinta y ocho años son compañeros de Marco Miyashiro se acercan a él para saludarlo con un fuerte apretón de manos, mientras este sonríe de manera muy tenue. Parece que el ex

alumno del Colegio Militar Leoncio Prado descendiente de japoneses es muy respetado y admirado por sus compañeros. Así lo recuerda el actual Presidente de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado: Rubén Solórzano, un hombre robusto, moreno y de pelo blanco, lacio y largo. “Para la XXV promoción, Marco Miyashiro simboliza lealtad, honradez y superación personal y profesional”.

Al cabo de unos minutos, el ‘Chino’, como lo llaman sus compañeros desde el colegio, se acerca a su hijo Diego para felicitarlo por el buen partido que jugó. Ambos se dirigen al restaurante de Miguel Aranda, también integrante de la XXV promoción del Colegio Militar, y dueño del local que está al otro lado del complejo deportivo donde cada jueves, luego del partido de fútbol, los compañeros de la XXV promoción leonciopradina se reúnen.

Diego Mitsuhiro Miyashiro, hijo menor de Marco Miyashiro, tiene una voz pausada y serena. Al igual que su padre, es de rasgos orientales, estatura pequeña, contextura gruesa, el pelo negro y la mirada seria. A diferencia de su padre que es un aficionado a las artes marciales y cinturón negro en judo, Diego Miyashiro es un apasionado al fútbol. A sus diecisiete años cursa el primer ciclo de la carrera de Ingeniería de sistemas en la

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas y forma parte de la selección de fútbol de su facultad.

Para Eduardo Domínguez, compañero de Marco Miyashiro desde que fueron cadetes en el año 1968 en el Colegio Militar Leoncio Prado, Diego Miyashiro refleja la disciplina y la buena conducta que su padre le ha inculcado a lo largo de su vida.

“Diego Miyashiro es la continuación de esa conducta disciplinada y honesta que siempre caracterizó a Marco Miyashiro. Diego Miyashiro, quien participa en los eventos deportivos de la XXV promoción, bajo la mirada atenta de su padre, se muestra como la continuidad de Marco Miyashiro”, explica Eduardo Domínguez, un hombre alto, delgado y de tez blanca.

Marco Miyashiro se sienta en una de las veintidós sillas que están colocadas una al lado de la otra alrededor del pequeño restaurante propiedad de Miguel Aranda, un hombre orondo y de corta estatura que bordea los cincuenta y siete años de edad. El rudimentario restaurante funcionó, cerca de hace diez años, como el garaje particular de la casa de Aranda, ubicada en la cuadra

diecisiete de la avenida Tomás Marsano, en el distrito de Surquillo.

Los más de treinta miembros de la XXV promoción del Colegio Militar que asisten a las reuniones los días jueves por la noche, se acomodan en el interior del local. Rubén Solórzano, Presidente de la XXV promoción leonciopradina, con voz ronca y sentado delante de una imponente foto del Colegio Militar Leoncio Prado del ancho de casi toda una de las paredes del local, comenta sobre las futuras actividades sociales y deportivas de la XXV promoción.

Al cabo de unos minutos, los platos de un succulento arroz con pollo empiezan a desfilar entre infinidad de botellas de cerveza y ceniceros que reposan sobre las cuatro mesas que están ordenadas en una sola fila. Marco Miyashiro, quien observa con un silencio absoluto a cada uno de sus compañeros, mientras estos ríen y conversan, pide de forma repentina la palabra. Los más de treinta presentes enmudecen por un breve periodo de tiempo y guían la mirada hacia un parco Miyashiro para escuchar al hombre que cada jueves, a las nueve en punto de la noche, es el primero en llegar junto a su hijo a las reuniones de la XXV promoción. Miyashiro, con un rostro serio y un sentido del humor irónico, empieza a narrar un chiste. “Mamá, ¿Sabes qué es

lo que quiere el negro? Ser presidente de los Estados Unidos”, cuenta Marco con una voz pausada y un vaso lleno con gaseosa, mientras sus compañeros, con cerveza en mano, ríen y festejan la intervención de uno de los integrantes más respetados de la XXV promoción. Es como si la promoción se sintiera muy orgullosa cada vez que Marco Miyashiro realiza una intervención, por mínima que esta fuere. Pareciera que Miyashiro está alegre, aunque no se llega a apreciar en la rigurosidad de un hombre que ha hecho de la disciplina un estilo de vida

Cerca de las once de la noche, los leonciopradinos siguen llegando a la reunión. Uno de ellos es Abilio Fox, un limeño que, luego de pertenecer treinta cuatro años a las Fuerzas Armadas, logró el rango de General de División del Ejército Peruano y ocupó el cargo de Inspector General del Ejército del Perú.

El General de División del Ejército Peruano de cincuenta y cuatro años de edad, tez morena, pelo corto, negro y peinado hacia un costado, conoció a Marco Miyashiro en el año 1968 en el Colegio Militar Leoncio Prado, institución a la que el entonces Coronel Fox regresó en el año 1997 para ocupar el cargo de Director durante dos años.

El General Fox dice que Marco Miyashiro, desde el día que entró al Colegio Militar hasta el día que se reintegró a las

reuniones de la XXV promoción, siempre mantuvo una personalidad única. “Miyashiro, por su propia descendencia oriental, es un hombre parco que detrás de esa seriedad, sobresale como un hombre lleno de alegría, con ganas de ayudar y servir a los demás, y con un sentido del humor muy irónico. Los ascensos en la vida policial no han cambiado su carácter. Sigue siendo esa persona sencilla, poco expresiva, callada, disciplinada, metódica, alegre y seria de siempre”, explica el General de División Abilio Fox, mientras toma un sorbo de cerveza.

La vida de Marco Miyashiro como oficial activo de la PNP terminó en septiembre del 2007, luego de haber ascendido al grado máximo de General y haber ocupado el cargo de Agregado Policial en la embajada de Perú en España durante dos años.

La vida actual del policía en retiro empieza a las siete y media de la mañana. A esa hora, Marco Miyashiro se dirige al gimnasio de la Asociación Estadio la Unión en el distrito de Pueblo Libre para realizar su entrenamiento físico diario. Luego de haber realizado largos minutos en máquinas cardiovasculares y varias series de pesas durante dos horas, Marco Miyashiro regresa a su casa ubicada en el distrito de Magdalena del Mar, la

cual, según la oficina de Registros Públicos, es su única propiedad.

Los días de Marco Miyashiro giran en torno a las novelas policiales, a las películas de gangsters y a consultorías externas que realiza de forma esporádica. Una de esas consultorías es para el Gobierno Regional del Callao, donde Miyashiro está desarrollando un plan estratégico de seguridad en relación al Foro de Cooperación Económica Asia Pacífico a realizarse en el mes de noviembre del presente año en la capital peruana. Es como si el General en retiro de la PNP, hubiera perdido la emoción que su vida tenía cuando era Policía activo de la PNP y ahora trata de reconfortarse con actividades que lo hacen recordar a su vida de servicio. Pero la mayor parte de su vida está dedicada a entablar una relación más amical y cercana con sus dos hijos. “Mis tiempos libres se los dedico a mis hijos, cosa que antes no podía hacer debido a mis obligaciones como Policía”, comenta Marco Miyashiro, mientras enciende un cigarrillo.

Luego de cenar junto a sus dos hijos y su esposa, Marco Miyashiro procura salir a caminar las mañanas de cada fin de semana por el circuito de playas de la Costa Verde, desde Magdalena del Mar hasta el distrito de Chorrillos y en compañía de sus hijos, para conversar sobre cómo les va en los estudios y

conocer sus distintos planes de vida. Pareciera que Marco Miyashiro siempre supo cultivar el valor de lo que significa la familia.

Para Diego Mitsuhire Miyashiro, su padre es un hombre tolerante, que ha crecido con los valores del respeto y la disciplina, los cuales le han servido para crecer en la vida y lograr sus metas. “Mi padre es una persona correcta y muy paciente. Es un hombre que ha crecido bajo los códigos disciplinarios de la cultura japonesa. Lo que hay que hacer se hace y lo que no, no”, dice Diego Mitsuhire Miyashiro con una voz parsimoniosa, igual que su padre Marco Miyashiro.

Marco Miyashiro empezó a participar de forma constante y permanente en las actividades de la XXV promoción del Colegio Militar Leoncio Prado a finales del año 2007, cuando culminó su labor como Agregado Policial en España y regresó al Perú. Ese mismo año, Marco Miyashiro se reencontró con muchos de sus compañeros del Colegio Militar, quienes lo conocen desde hace más de tres décadas y ven en él la imagen de un hombre serio, comprometido con su trabajo y honesto, imagen que ha mantenido desde el día que ingresó al Colegio Militar. “Marco es una persona honorable, un hombre que mantiene una

seriedad que se trasluce en su rostro y que la trae consigo desde el colegio Militar Leoncio Prado. Su personalidad, al igual que su aspecto físico, siguen siendo las mismas desde hace cuarenta años”, afirma Carlos Vallejos, compañero y amigo de Marco Miyashiro desde que fueron cadetes en el Leoncio Prado. Miyashiro despierta en algunos de sus compañeros un grado de admiración por el impecable trabajo que realizó como miembro de la PNP. “A Miyashiro siempre lo ha caracterizado su cariño por la XXV promoción, su tenacidad para lograr sus metas y su deseo de superación, virtud que lo llevó a capturar a Abimael Guzmán y a lograr el máximo grado: Teniente General de la PNP”, explica un exaltado Marcos Acosta, quien fue Presidente de la XXV promoción hace tres años. Para otros, Miyashiro refleja liderazgo y amistad. “Marco es un líder, un ejemplo de lealtad y honradez y un gran amigo. Al escuchar su nombre, lo primero que se me viene a la mente es humildad, porque a pesar de haber llegado a ser Director General de la PNP, nunca perdió esa sencillez que define su personalidad”, afirma Alberto ‘Toto’ Terry, compañero de Marco Miyashiro del Colegio Militar y arquitecto de profesión, quien desde hace veinte años trabaja como funcionario en el Banco Central de Reserva.

Eduardo Domínguez, amigo de Marco Miyashiro y compañero del Colegio Militar, recuerda a Miyashiro como una persona que ha cultivado el valor por la franqueza y el orden. “Miyashiro siempre ha sido una persona sincera ante cualquier circunstancia y, como todo descendiente oriental, se caracterizó por primero observar las cosas para luego poder verter una opinión”, comenta Eduardo Domínguez con voz aguda, mientras cruza los brazos.

Todos hablan acerca de las virtudes de Marco Miyashiro. Todos lo respetan. Es como si nunca hubiera cometido una falta ante la mirada de sus más de treinta compañeros de la XXV promoción del Colegio Militar y en el supuesto de haberla cometido, ellos tratan de olvidarla con las cualidades y los logros de Miyashiro.

La relación actual de Marco Miyashiro con la Policía Nacional del Perú va más allá de los años de servicio que dio a la institución que le permitió ascender y crecer en el ámbito profesional por más de treinta años. “Voy una vez a la semana a la Dircote para reencontrarme con los policías que años atrás fueron mis compañeros de trabajo y con ellos intercambio una serie de opiniones sobre diversos temas relacionados al

terrorismo”, dice Marco Miyashiro con una voz pausada. Pareciera que el General en retiro de la Policía Nacional del Perú estuviera atento en todo momento ante los posibles movimientos terroristas que puedan resurgir en el territorio que cerca de dos décadas, fue escenario del terror de Abimael Guzmán.

Para el Mayor Becerra, quien trabajó durante cinco años junto a Marco Miyashiro cuando fue director de Dircote, Inspector General y Director General de la PNP, Miyashiro, más que un General en retiro, es un excelente amigo. “Ya no hay un nexo profesional con él, sino, un vínculo de amistad. El General siempre visita la Dircote una vez por semana para conversar con los policías que han pasado a formar parte de su grupo de amigos. Cuando él llega a la Dircote, muchos efectivos se le acercan para pedirle un consejo personal o profesional debido a que el General Miyashiro siempre ha sido un policía destacado y un hombre muy humano que supo cultivar en cada uno de sus subordinados el valor por la familia”, dice el Mayor Becerra, quien trabaja en el área de investigaciones de la División de Terrorismo Internacional de la Policía Nacional del Perú.



El oficial Miyashiro, vestido de civil,
cuando trabajaba en la Sub Zona de
Seguridad No 07 entre los años 1984 y 1985.

**MARCO MIYASHIRO Y LA CAPTURA DE ABIMAEEL
GUZMÁN REYNOSO**

**MARCO MIYASHIRO COMO JEFE DEL GRUPO
ESPECIAL DE INTELIGENCIA (GEIN)**

Era la madrugada del segundo martes de septiembre de 1992. Los incansables Comandantes Miyashiro y Jiménez estaban sentados juntos a una mesa en una de las oficinas del GEIN, mientras tomaban café. De pronto, el silencio absoluto que invadía la habitación fue interrumpido por el sonido de una voz con acento selvático que provenía de una pesada radio portátil que se encontraba en medio de la rudimentaria mesa de madera. Era la voz de uno de los policías del GEIN que estaba vigilando la casa donde el Comandante Miyashiro y el Comandante Jiménez sospechaban que el líder de Sendero Luminoso estaba escondido.

Miyashiro recuerda que esa misma madrugada, el policía que vigilaba la casa, hacía un relato erótico por la radio mientras observaba a Maritza Garrido Lecca. Una bailarina de ballet e integrante de Sendero Luminoso, quien se encontraba en el techo de la casa. El policía, originario de la selva, relataba:

-En esta noche oscura vemos a Maritza Garrido Lecca en la azotea, y por atrás, pareciera que se está acercando con malas intenciones el senderista Carlos Inchaústegui y está empezando a abrazarla.

De pronto, el policía interrumpió su relato al ver un hecho que causó curiosidad en él. Así lo recuerda Miyashiro:

-¡Atención!, ¡atención!, en la azotea está el Incháustegui y la Garrido Lecca, y en el segundo piso se ha prendido una luz. Parece ser la luz de un encendedor o una vela y he visto una sombra.

Miyashiro y Jiménez escucharon atónitos cada palabra del policía. Ambos se miraron y concluyeron que esa era una señal que indicaba que era tiempo de entrar a la casa. Pero el Comandante Miyashiro no quiso tomar la decisión solo y quiso escuchar la opinión de sus compañeros de trabajo. A los tres días de haber escuchado los extraños movimientos en la casa donde se podría encontrar Abimael Guzmán, Miyashiro organizó una reunión con los seis jefes de cada área del GEIN.

“En esa reunión que se realizó el día viernes once por la mañana, quería escuchar la opinión profesional de cada uno de los policías. Quería llegar a un consenso con todo el grupo porque éramos concientes que era un trabajo en conjunto. El trabajo de un grupo de hombres que aprendió a trabajar en equipo y estábamos pisándole los talones a Abimael Guzmán”, dice Marco Miyashiro mientras enciende un cigarro y se acomoda el saco.

Para Cecilia Garzón, una de las tres integrantes mujeres del GEIN, Miyashiro era un jefe que estaba pendiente de lo que

pensaba y opinaba cada miembro del Grupo Especial de Inteligencia. “Era un hombre muy trabajador. Conversaba mucho con nosotros porque, aparte de ser jefe del GEIN, se acercaba a nosotros como amigo. Le gustaba escuchar nuestras inquietudes para que el trabajo policial sea exitoso. Eso nos demostraba la confianza que tenía con nosotros y eso nos daba la seguridad para trabajar mejor”, dice Cecilia Garzón, ex integrante del GEIN que trabajaba en el área de seguimientos. Antes de trabajar en el GEIN, la sub oficial Garzón trabajaba en la Dircote ocupando un cargo administrativo. Pero su vocación era la de trabajar como policía de investigaciones.

A los pocos meses haberse formado el GEIN, la sub oficial Garzón habló con el Comandante Miyashiro y le explicó que ella no había nacido para trabajar tras un escritorio. El Comandante Miyashiro no dudó en darle la oportunidad de trabajar en el GEIN a la sub oficial Garzón, quien meses después demostró ser una policía tan capaz y hábil como los demás miembros del Grupo Especial de Inteligencia. Es como si el jefe del GEIN hubiese estado pendiente de que sus compañeros de trabajo se sientan cómodos como policías. Para él, el rango de los policías no hacía la diferencia, para él, todos eran iguales y

personas talentosas que merecían una oportunidad para trabajar como verdaderos policías.

La tarde del viernes once de septiembre de 1992, los Comandantes Miyashiro y Jiménez planearon una operación previa a la captura de Abimael Guzmán. Esa operación consistió en capturar a Xenón, Coordinador Nacional de Sendero Luminoso. Cerca de la una de la mañana, los miembros del GEIN que iban a participar en la operación, estaban dispersos y cansados. Miyashiro, al notar el cansancio de sus hombres, ordenó suspender la operación para continuarla al día siguiente.

La mañana del sábado doce de septiembre, un grupo de policías salió de las instalaciones del GEIN y fue hasta la casa del Coordinador Nacional de Sendero Luminoso, en el distrito de la Victoria. A la una de la tarde de ese mismo día, los agentes del GEIN capturaron a Xenón, en la puerta de su casa y sin hacer un solo disparo. En la vivienda, los policías encontraron una pistola ametralladora y una serie de objetos que iban a ser entregados a Abimael Guzmán como obsequios del PCP. El Comandante Miyashiro junto al Comandante Jiménez, desde el GEIN, comandaron por radio, minuto a minuto, cada momento de la captura.

Para el Comandante Zúñiga, quien trabajó como analista en el Grupo Especial de Inteligencia, el entonces Comandante Benedicto Jiménez y el Comandante Marco Miyashiro, siempre trabajaron bajos los parámetros de los Derechos Humanos. “A lo largo de las operaciones que llevaron a la captura de Abimael Guzmán, líder de Sendero Luminoso, nunca se realizó un solo disparo, ni se torturó a un integrante de ese grupo terrorista. Se derrotó al terrorismo sin muertos ni heridos”, dice el Comandante Zúñiga, actual administrador del museo de la Dircote.

A las tres de la tarde de ese mismo día, Miyashiro y Jiménez decidieron continuar con la operación para capturar al máximo líder del movimiento terrorista. Miyashiro, quien se encontraba en las instalaciones del GEIN, se subió a su auto junto con otros dos policías y se dirigió a la casa donde sospechaba que Abimael Guzmán se encontraba. El Comandante Miyashiro, mientras se dirigía a la casa de la calle Los Sauces, en el distrito de Surco y donde se suponía estaba Abimael, ordenó con voz parsimoniosa y serena, que el personal que se encontraba de vigilancia, se dividiera en tres grupos para poder entrar a la casa cuando los terroristas abriesen la puerta.

El Comandante Miyashiro, quien se encontraba en un parque a ciento y treinta metros de la casa y dirigiendo la

operación, tenía bajo su responsabilidad a quince hombres. “Las órdenes que daba, las hacía con mucha tranquilidad y serenidad para no alarmar a los policías”, dice Marco Miyashiro con voz pausada.

Pareciera que el policía descendiente de japoneses y jefe del GEIN, durante el tiempo que duró la captura siempre estuvo pendiente de mantener la calma para transmitir seguridad a los quince policías que estaban bajo su mando.

Cerca de las ocho de la noche, la puerta de la casa de Los Sauces se abrió. El entonces Alférez Becerra y la sub oficial Garzón que fingieron ser una pareja de enamorados mientras estaban parados en la entrada de la bodega que estaba al costado de la casa, no dudaron en sacar a toda prisa sus pistolas al observar que se abrió la puerta. Becerra y Garzón corrieron hacia la entrada de la casa y detuvieron a cuatro personas. El Comandante Miyashiro, con pistola en mano fue uno de los primeros en entrar a la casa. Al llegar al segundo piso, el Comandante Miyashiro observó que Abimael Guzmán estaba sentado frente a un escritorio, en el medio de su biblioteca y junto a dos mujeres, vestido con una casaca verde oscuro. Al cabo de unos minutos, el Comandante Miyashiro se identificó:

-Somos policías y yo soy Marco Mirashiro Arashiro, jefe del grupo Especial de Inteligencia. Usted mantenga la calma que nada le va a pasar.

Guzmán, quien no opuso resistencia, le respondió:

-Le está haciendo mucho daño a la revolución.

El Comandante Miyashiro agregó:

-Y usted no sabe el daño que le ha hecho a nuestra patria.

Luego de intercambiar esas palabras con Abimael Guzmán Reinoso, el Comandante Miyashiro se dispuso a tomar la iniciativa para calmar al resto de policías que estaban eufóricos y les ordenó que registraran la casa.

“El país aprendió una lección muy dura. Cuando no hay unión es posible generar y organizar grupos de este tipo. Es muy triste ver que cuando ocurre un temor generalizado, las personas no lo afrontan, y en vez de lidiar con el problema tratan de desligarse de él como si no existiera. Así reaccionó la Nación ante Sendero Luminoso y su líder, Abimael Guzmán”, dice Miyashiro mientras suelta una bocanada de humo que se pierde en el aire.

Para el Mayor Becerra, quien participó el día de la captura de Abimael Guzmán, Marco Miyashiro asumió con mucha paciencia y autoridad el control total de la situación.

“Empezó a dar órdenes específicas a cada policía para calmar la adrenalina que los policías estábamos experimentando en ese momento. En todo momento se mantuvo sereno. Eso nos ayudó a todos los presentes porque nos transmitió mucha confianza”, dice Becerra, sentado en medio de una gran oficina que en la parte superior de la entrada tiene un pequeño cartel negro que dice ‘División de Terrorismo Internacional’, en el sexto piso del edificio de Investigaciones policiales.

El Mayor Becerra, un cuzqueño de rasgos mestizos y pelo negro, conoció a Marco Miyashiro en el GEIN en el año 1991. Ese mismo año, el Mayor Becerra conoció a la sub oficial Cecilia Garzón, quien fue su compañera de trabajo y actual esposa.

El Mayor Becerra explica que Miyashiro siempre se caracterizó por ser una persona muy humana y paciente. Becerra recuerda que en una oportunidad, cuando nació el hijo de un miembro del GEIN, Miyashiro le dijo que primero era su casa y su familia antes que el trabajo, y le dio una semana libre. Da la impresión de que el ambiente de trabajo en el GEIN, muy aparte de haber sido exigente, era cálido y familiar gracias a la actitud que Marco Miyashiro transmitía a cada uno de sus hombres.

Luego de dieciséis años de la captura de Abimael Guzmán, el actual General en retiro de la Policía Nacional del Perú recuerda la tensión que se vivió minutos antes de la captura, frente a esa casa de tres pisos, color verde, con un gran portón de madera que se abría de vez en cuando para recibir a las alumnas de ballet de Maritza Garrido Lecca , quien les dictaba clases en el primer piso de la residencia.

“Luego de cada operación policial que realizábamos, me empezaban a temblar las piernas por la tensión que vivía durante los momentos de cada captura que realizábamos contra los aparatos de Sendero Luminoso. El autocontrol, la serenidad que tenía me ayudaron a manejar esa tensión que luego de terminar la operación, se reflejaba en mis piernas que me tambaleaban”, dice Marco Miyashiro mientras dibuja un mapa de la casa de Los Sauces.

En uno de los papelógrafos que los Comandantes Jiménez y Miyashiro pegaron en una de las paredes del GEIN, figuraba la dirección y el teléfono de una tal camarada Isa. Ese dato permitió al equipo del GEIN comandado por Miyashiro, realizar la primera operación policial contra Sendero Luminoso. En los siguientes dos años y medio, el GEIN logró realizar once

operaciones exitosas que culminaron con la captura del líder del movimiento terrorista que puso en jaque al país por más de diez años.

Luego de desarticular el Departamento de Apoyo Organizativo y el Grupo de Apoyo en junio del 1990, meses después se eliminó el aparato de Propaganda. En enero de 1991, se capturó a los integrantes del Departamento Central y de Seguridad de Sendero Luminoso. Luego, cayó el departamento de Traducción. Las operaciones del GEIN contra Sendero Luminoso eran constantes. La Dirección Nacional del MRTA fue desarticulado tras la operación 'Fortuna'. En el mes de junio, los dirigentes del Comité Regional de Sendero Luminoso fueron capturados. Luego, en ese mismo año, se eliminó el Departamento de Defensa de Socorro Popular. Tres meses después, en el año de 1992, el GEIN desmanteló el Departamento de Apoyo y Sanidad. Al cabo de unos meses, cayó el Departamento Logístico de Sendero Luminoso y en septiembre de ese mismo año, el GEIN logró capturar a Abimael Guzmán Reinoso.

Abimael Guzmán, un hombre corpulento, de tez trigueña y pelo negro, era un filósofo y abogado de profesión que se educó bajo las ideas de Marx y Mao Tse-Tung. Cuando egresó de

la universidad de San Agustín en Arequipa, se fue a Ayacucho, donde fundó el Partido Comunista del Perú- Sendero Luminoso en 1963. Desde ese año hasta el año 1970, el partido trató de ganarse a los sectores sociales de las provincias del Perú. A Guzmán le bastó diez años para organizar una guerra popular para luchar contra el sistema que él consideraba injusto. En el año de 1980 ordenó iniciar las acciones armadas que duraron más de una década y que terminaron con la vida de más de veinte mil peruanos.

Cecilia Garzón recuerda que luego de cada operación policial, Miyashiro reunía a todos los policías en una de las salas del GEIN para escuchar la opinión de cada uno de los ochenta y dos miembros del Grupo Especial de Inteligencia sobre los posibles malestares que pudieron surgir durante cada operación donde se buscaba la reflexión de cada policía para mejorar el trabajo y sanar los errores. “Miyashiro nos motivó dándonos espacios para conocernos bien, porque él consideraba que el éxito del GEIN dependía de la fraternidad y la relación tipo familia que podría surgir entre los policías”, dice Garzón con voz ronca.

Para el Comandante Zúñiga, Marco Miyashiro imprimió durante los dos años y medio que comandó el GEIN la parte

humana que muchas veces los policías olvidaban porque se dedicaban por completo a su trabajo y dejaban de lado a la familia. En una oportunidad, cuando un policía del GEIN le reclamó a Miyashiro por qué no entregaba el dinero en efectivo, Miyashiro le respondió que la mejor manera de recompensar a un hombre era con una canasta de alimentos que no sólo lo iba a favorecer a él, sino a toda su familia. Miyashiro decía que si entregaba el dinero en efectivo, muchas veces no era destinado al bienestar de la familia. Es como si el jefe del GEIN haya buscado en todo momento el bienestar de las personas con las que trabajó.

En el museo de la Dircote, cerca de novecientas piezas artesanales que le fueron expropiadas al movimiento terrorista Sendero Luminoso a lo largo de dos años y medio de constantes seguimientos e investigaciones, ocupan tres de los cuatro pasillos del museo, como trofeos de guerra obtenidos por el GEIN.



Ceremonia Inaugural del I Seminario sobre Terrorismo en el Perú y Terrorismo Internacional Organizado por la Dirección Contra el Terrorismo PNP, (DIRCOTE) en el mes de Julio del 2002. El seminario contó con los ex integrantes del GEIN y Coroneles Benedicto Jiménez, Marco Miyashiro y Alberto Gutiérrez.



Julio del 2003. El Director Contra el Terrorismo, General Marco Miyashiro, recibiendo una Placa Recordatoria que la Agregaduría Policial de la Embajada de Chile En el Perú hizo entrega a la DIRCOTE.



El General de la PNP saludando al presidente George W. Bush durante su visita oficial al Perú realizada el 23 de marzo del 2002. Tres días antes, Sendero Luminoso, para demostrar su oposición ante la visita del presidente estadounidense, planificó y ejecutó un atentado terrorista en el Centro Comercial 'El Polo', ubicado frente a la embajada de EEUU. La explosión de un cochebomba ocasionó la muerte de diez personas.



Tres meses después, la DIRCOTE logró la captura de los terroristas implicados en el atentado de El Polo por lo que se dio una conferencia de prensa realizada en Palacio de Gobierno con la participación del Presidente de la República Alejandro Toledo, el Ministro del Interior, Fernando Rospigliosi, el Director General de la PNP y Marco Miyashiro, director de la DIRCOTE

Cronología del General de Policía

Marco Enrique Miyashiro Arashiro

- Desde 1968 formó parte del Grupo Scout Callao No. 03 “David Livingstone”, donde conoció a Víctor Polay Campos, quien años después sería conocido como “Comandante Rolando”, líder máximo del Movimiento Revolucionario Tupac Amaru (MRTA),
- Egresó de la Escuela de Oficiales de la Policía en 1975, ocupando el Primer Puesto en el cuadro de mérito en el campo ocupacional de Investigación Criminal; el segundo lugar en el Curso para Peritos en Inspecciones Técnico Policial (1976) y diplomado como Comando Antinarcostráfico(1977).
- Durante el año 1977 y luego de 1978 a 1982, prestó servicios policiales a varios Presidentes de la República, como al Sr. General de División Ejército Peruano Francisco Morales Bermúdez Cerrutti y al Arquitecto Fernando Belaunde Terry, trabajando como Instructor de

Artes Marciales y Oficial de Inteligencia de la División de Seguridad de la Presidencia de la República.

- Es Diplomado por el KODOKAN como Cinturón Negro en Judo y fue incorporado al Colegio de Cinturones Negros de Judo del Perú.
- Es Diplomado en Tai Ho Jitsu y como Instructor a nivel Superior en Artes Marciales para las Fuerzas Armadas y Policía Nacional (1988); y ocupó el segundo puesto en el cuadro de méritos del Curso de Capacitación de Capitanes (1983).
- Los años de 1984, 1985 y 1986, prestó servicios en calidad de Destacado en el Estado Mayor del Destacamento Ejército Peruano La Breña, y en el Batallón de Infantería Motorizado No. 314-HUÁNUCO, conformando equipos de inteligencia en la lucha contra el terrorismo en la Sub Area de Seguridad Nacional Centro No. 07.

- En 1984, trabajó con el Cap. EP José Colina y cuyo nombre fue tomado en 1990 por el Grupo Paramilitar “Colina”. Ese mismo año trabajó en la Oficina de Planificación de la Dirección de Personal PNP, ascendiendo a Mayor PNP y cambiado de colocación a la DIRCOTE PNP.
- Durante los años de 1987 y 1988, en la División de Investigaciones Especiales de la DIRCOTE PNP fue especializándose en la lucha contra el MRTA.
- En 1989 siguió el Curso de Comando y Asesoramiento. Ese mismo año, aprobó el Curso de Perfeccionamiento (para Mayores y Comandantes PNP en 1989).
- En 1990 luego de haber sido nombrado durante un mes como Jefe de la Oficina de Informática de la Dirección de Inmigración y Naturalización, fue nuevamente reasignado a la DIRCOTE, para hacerse cargo de las investigaciones que se realizaban en torno al secuestro de Héctor Delgado Párker, protagonizado por el MRTA.

- Ese mismo año, fue llamado por el Mayor Benedicto Jiménez Baca para incorporarse al Grupo Especial de Inteligencia (GEIN-DIRCOTE),
- En 1992 fue acusado de haber vendido el video en la que se visualizan los momentos posteriores a la captura de Abimael Guzmán, y despedido de la DIRCOTE y cambiado como Jefe Regional Contra el Terrorismo de la II Región Policial (Lambayeque, Cajamarca y Amazonas) en donde logró la captura de los altos mandos de Sendero Luminoso y la desactivación de la “Asociación de Abogados Democráticos del Comité Regional Norte”. Asimismo, logró la pacificación de la zona norte del país, al desactivar totalmente el denominado “Frente Guerrillero Nor Oriental del Marañón” del MRTA.
- A mediados de 1994, fue cambiado de colocación para dar servicios de asesoramiento policial en la SUNAT, dando origen a la creación de la Unidad Especial de Investigaciones Tributarias.

- El 17 de diciembre de 1997 fue retenido como rehén durante 126 días, luego de que el MRTA tomara la Residencia de la Embajada del Japón en Lima.
- Ese mismo año fue destacado como Jefe de Personal de la Escuela de Oficiales PNP y en el mes de diciembre de ese año, fue designado como Agregado Policial a la Embajada del Perú en Bolivia.
- El 02 de noviembre del 2000, fue llamado por el Ministro del Interior, Tnte. Gral. Fernando Dianderas Ottone para crear un Grupo Especial de Inteligencia con el objetivo de capturar a Vladimiro Montesinos. Ese mismo mes, fue cambiado de colocación a la Dirección de Policía Judicial para comandar al Grupo Especial Captura de Montesinos.
- En el mes de Febrero del 2001 fue trabajó como Jefe de la Oficina Regional de Inteligencia de la IX Región Policial con sede en ICA, hasta el mes de Julio del mismo año, en que fue designado como Director Ejecutivo de la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior. En Diciembre

del mismo año, fue comisionado a la ciudad de Santa Cruz-Bolivia, para asesorar una investigación relacionada con un atentado terrorista.

- Ascendido a General PNP en Enero del 2002, fue designado como Director Contra el Terrorismo.
- El año 2004 trabajó como Director de la Inspectoría General PNP y luego como Presidente del Tribunal Administrativo Disciplinario PNP, hasta el 14 de Enero del 2005 en que fue nombrado Director General de la Policía Nacional del Perú.

Índice

Fama esquivada.....	7
Prólogo.....	13
La vida del cadete Marco Miyashiro. Sus inicios en la vida castrense: Colegio Militar Leoncio Prado.....	17
La vida del policía Marco Miyashiro. Sus inicios en la vida policial y sus ascensos.....	34
La vida del policía Marco Miyashiro. Entre la vida policial y familiar.....	77
La vida del policía Marco Miyashiro. Su vida como General en retiro de la PNP.....	87
Marco Miyashiro y la captura de Abimael Guzmán Reynoso. Marco Miyashiro como jefe del grupo especial de inteligencia (GEIN).....	103
Cronología del General de Policía Marco Enrique Misyashiro Arashiro.....	119